VICTORIA OCAMPO

EL VIAJERO Y UNA DE SUS SOMBRAS

KEYSERLING EN MIS MEMORIAS

EDITORIAL SUDAMERICANA

EL VIAJERO Y UNA DE SUS SOMBRAS
(KEYSERLING EN MIS MEMORIAS)

ENSAYOS BREVES

VICTORIA OCAMPO

EL VIAJERO Y UNA DE SUS SOMBRAS

(Keyserling en mis Memorias)

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley. Copyright 1951, Editorial Sudamericana Sociedad Anónima, calle Alsina 500, Buenos Aires.

"...ella se vuelve hacia mí, me dice que es Penthesilea... y que me enviará su respuesta a flechazos".

KLEIST: *Penthesilea*

"Atacar a los vivos puede ser una pura bajeza, y lo es casi siempre cuando se hace con ánimo de dañar. A los muertos no puede dañárseles en absoluto; respecto a ellos, lo único que cabe es la veracidad, pues sólo la verdad sobre los muertos puede servir de ayuda a los vivos."

KEYSERLING: *Viaje a través del Tiempo*

"Addison, Dryden, Pope... Tales nombres tenían aun para ella gran poder de encantamiento. En algo, quizá, hemos de creer, y como Orlando, lo repetimos, no creía en las divinidades ordinarias, había consagrado a los grandes hombres su parte de credulidad — sin embargo, hacía una distinción. Ni los almirantes, ni los soldados, ni los hombres de Estado la conmovían. Pero sólo el pensar en un gran escritor despertaba en ella un tal cúmulo de fe que hasta llegaba casi a imaginárselo invisible."

VIRGINIA WOOLF: *Orlando*

MOTIVO

El conde de Keyserling me había anunciado, varios años antes de su muerte, que estaba escribiendo sus memorias. En 1937 me envió un capítulo de dichas Memorias, publicado en *Visva-Bharati* (revista fundada por Tagore en Bengala) bajo el título de *Significant Memories*, modificado más tarde; y la siguiente nota del autor acompañaba o más bien dicho precedía el capítulo: "Este ensayo es mi contribución, en 1937, a un libro de Memorias que se publicará a beneficio de la familia Keyserling... La mayoría de ellos [se refiere a los miembros de esa ilustre familia] muestran aún algunos de los rasgos característicos que se transmiten de padre a hijo, casi sin excepción, desde 1650 hasta hoy. Uno de los Keyserling fué el protector del músico Johann Sebastian Bach; originariamente, la famosa *Goldberg*

Suiten fué compuesta como un somnífero para Carl Hermann Keyserling que, como yo, sufría de insomnio. Como tutor de la familia Keyserling, interesada en la filosofía, escribió Kant su *Teoría de los Cielos*. Dietrich Keyserling era el amigo más inteligente e influyente de Federico el Grande. De mi abuelo Alexander solía decir Bismarck que era el único hombre cuyo juicio temía."

El capítulo llevaba, al margen, numerosas correcciones. Lo menciono porque Keyserling había escrito, de su puño y letra, encima del título: "Para V. O. Ver especialmente páginas 17 y 18", y por que en esas páginas, en que se trataba de mi persona (mi nombre se codeaba allí con el de Cosima Wagner y Annie Besant, las tres mujeres que, por diversas razones, le habían llamado más la atención, parecía), las correcciones resultaban bastante instructivas. No es que yo pretenda merecer los elogios que me dispensaba el filósofo (quizá merezca otros distintos, el de ser tesonera, por ejemplo: prescindo de toda falsa modestia). Pero las variantes introducidas en los adjetivos merecían

reflexión. Bajo la tachadura que los suprimía o los reemplazaba por otros de menor intensidad, se leían claramente palabras como "superlative", "wonderful". Desde luego, todo en esas páginas era exageradamente halagador para mí, excepto la tachadura de adjetivos hiperbólicos. Las modificaciones me parecían acertadísimas, pero me extrañaba que se me convirtiera en testigo ocular del proceso. Podía no haber allí ni sombra de *arrière pensée*, pero un psicoanalista hubiese anotado el hecho. Y sin ser yo psicoanalista pude llegar a la conclusión de que la actitud mental de Keyserling versus V. O. había sufrido variaciones.

En febrero de 1937 me escribió nuevamente el filósofo de Darmstadt para decirme que su trabajo adelantaba. Su libro, explicaba, sería algo así como un viaje a través del tiempo, memorias de un género especial: "En realidad, hablaré de mí bajo todos los aspectos posibles, pero apuntando en cada capítulo hacia otro espíritu que fué significativo para mí. La obra se dividirá en un número indefinido de tomos y trabajaré en ella, probablemente, hasta mi

muerte." Los capítulos sobre Tolstoi, Houston Chamberlain, Rudolf Kassner, Bernard Shaw, Miguel de Unamuno, Tagore, estaban ya terminados. Me ofrecía para SUR alguno de ellos: "Sobre muchos puntos pensamos de manera diferente; pero supongo que eso no le importará a usted." Por supuesto, no me importaba. El capítulo sobre Kassner se publicó en mi revista.

En marzo de 1950, varios años después de la muerte de Keyserling, recibí una carta muy inteligente y amistosa de su mujer (Bismarck de nacimiento y nieta del Canciller de Hierro) anunciándome que un capítulo entero de las Memorias (para las cuales el título de *Viaje a través del Tiempo* había sido definitivamente adoptado) llevaba mi nombre. La condesa de Keyserling esperaba que yo no me sintiese decepcionada ni herida por el contenido del capítulo. "Es tan difícil prever la reacción de alguien cuando lee algo sobre sí mismo."

Conociendo a Keyserling, su imaginación desbordante y su manera impetuosa de amasar los "hechos" (*sus enemigos personales*, según decía), que se jactaba de despreciar en su mera

faz de "hechos", empecé a inquietarme. ¿Qué nuevos adjetivos habría tachado y por qué otros los habría sustituído? Mi curiosidad despertó y se la participé a la condesa de Keyserling. Por fin llegó el capítulo en alemán. Fué inmediatamente traducido al español y pasó de manos del traductor a las mías. He aquí por qué me encuentro, en este momento, escribiendo sobre un tema (el conde de Keyserling y una de sus polarizaciones en su *Viaje a través del Tiempo)* que no habría abordado de la manera que voy a hacerlo si el capítulo en cuestión no me obligara a ello.

REMONTANDO LA CORRIENTE

Debo remontar la corriente de los años hasta 1927 para contar el capítulo Keyserling de *mis Memorias*. Fué en esa época cuando lo leí con entusiasmo. Aquel invierno di una conferencia en Amigos del Arte, presentando sumariamente, en la medida de mis posibilidades

(carezco de toda cultura filosófica), la parte de la obra de Keyserling que conocía y que me había impresionado *(El Diario de Viaje de un Filósofo, El Mundo que Nace* y *Figuras Simbólicas).* El autor era entonces casi ignorado en la Argentina. La *Revista de Occidente* me lo había puesto ante los ojos. La conferencia apareció íntegramente en *La Nación* y fué voluntariamente excluída del primer tomo de *Testimonios* (edición de la *Revista de Occidente*). Desde esa fecha no he escrito ningún comentario sobre Keyserling, ni en bien ni en mal, si no es de pasada, en una nota sobre *God is my adventure*, de Rom Landau. A propósito del capítulo dedicado al fundador de la Escuela de la Sabiduría en esta obra, yo escribía: "Gran bebedor, gran comilón, gran conversador, desbordante de vitalidad, exuberante, ególatra, infantil, orgulloso, genial y arbitrario en sus interpretaciones, el Keyserling que nos pinta Rom Landau es exactamente el que se ha paseado por las calles de Buenos Aires." El libro a que aludo contenía fotografías muy hermosas e interesantes de los hombres semiprofetas, semifilóso-

fos, semirreformadores religiosos que analizaba. Sobre la de Keyserling yo escribí: "Keyserling, fotogénico como una estrella de Hollywood, con esa nariz extraordinariamente aristocrática y fina y esa boca tan extraordinariamente brutal y ávida (como la de ciertas máscaras o la de los grandes cinocéfalos), esos pómulos salientes, esos ojitos vivos, ligeramente oblicuos, esa frente poderosa, esa barbita puntiaguda: mezcla de Oriente y Occidente." Mi comparación de su boca con la del mandril lo había indignado. Me sorprendió tanta indignación, puesto que todos nos parecemos a algún animal (los ojos de Gide están colocados muy juntos, como los de los monos, por ejemplo) y a menudo él mismo me había tratado de anaconda. Mi parecido con este ofidio, que suele alcanzar hasta diez metros de largo y más, debe de ser puramente moral. Es sabido que la boa no es venenosa y que jamás ataca al hombre. Pero puede causarle muchos desagrados, por descuido. Ahora bien, la similitud que yo veía entre la boca de Keyserling y la del mandril era únicamente material (así como la de los

ojos de Gide) y por consiguiente desprovista de importancia, desde el momento que los *hechos*, según su doctrina, sólo existen en la medida del *sentido* que se les da. Yo consideraba y considero aún a este autor como un hombre que abundaba en *aperçus* geniales. El hecho de que la naturaleza lo hubiera provisto, además, de una boca que recuerda la de tal o cual animal no significa nada desde el punto de vista de su creación como pensador o escritor. La semejanza que noté en él, circunscrita a lo material, es por consiguiente mucho menos grave que la que él advirtió en mí con los ofidios: semejanza puramente moral. De Keyserling en línea directa he aprendido este modo de razonar y valga lo que valiere lo aplico en este caso.

Pero dejemos por el momento el reino animal, que, sin embargo, es mi reino como mujer telúrica y como mujer simplemente... si llevamos hasta sus últimas consecuencias ciertos "trains of thought" (corrientes de pensamiento) del filósofo de Darmstadt y de buen número de sus colegas esparcidos por el planeta [1].

[1] Baste citar, en apoyo de lo que digo, estos pasajes

ALGUNOS HECHOS

Querría empezar explicando que para mí existen *los hechos*, en una medida razonable, aunque para Keyserling no existan; o tan poco, que no vale la pena de respetarlos. "Los hechos como tales no me interesan; lo único que me interesa es el significado de los acontecimientos." Los hechos sólo son interesantes cuando

---

de las *Meditaciones Sudamericanas*, posteriores a la época de mi entusiasmo keyserliniano, desde luego. "Se puede, pues, generalizar y afirmar: en el comienzo no fué el Hombre sino la Mujer, no la Verdad sino la Mentira. *La mujer, cercana de los bajos fondos originales* [soy yo quien subraya], encarna todavía hoy, aun en el más alto grado de la cultura, la modalidad de la vida primordial." Es evidente que se trata aquí de una *proyección* (en psicoanálisis, esta palabra, como se sabe, significa el acto de atribuir a otra persona un deseo, un rasgo de carácter o un ideal del propio sujeto): el hombre asocia a la mujer al estado primordial en la medida en que ella lo evoca en él. "La mujer primitiva está totalmente desprovista de motivos éticos y espirituales. Tiene sus raíces en el mundo del Tercer Día de la Creación... De ahí que a la mujer le falte todo instinto moral original. De ahí que se encuentre particularmente a gusto en el

uno descubre su sentido, estamos de acuerdo. Pero, con razón o sin ella, estimo que si deformamos con exceso los hechos, acabamos por deformar o alterar el sentido.

He aquí algunos hechos: hacia 1927 leí apasionadamente el *Diario de Viaje* y *El Mundo que Nace*. Era, y soy todavía, aunque en menor grado, una lectora voraz e impetuosa [1].

---

disimulo... De ahí que el hombre caiga bajo el dominio de la mujer primitiva, de la Carmen de Mérimée, de la She de Rider Haggard y de ella sola." "Para ésta [la mujer] la *sous-chéance* es el suelo natal... Su crueldad no significa nunca sino juego del amor, su asesinato y su suicidio otra cosa que capricho... Para el hombre, en el que todas las normas pertenecen al super-suelo, la *sous-chéance* significa siempre *déchéance*... Todas las mujeres profetas fueron esencialmente telúricas; sólo como seres de la tierra conocen el porvenir... La Virgen María no es la figura central del cristianismo, sino María Magdalena... Todas las mujeres realmente mujeres son seres de sensibilidad... A todas les falta el sentido fundamental de las concatenaciones espirituales, sean de orden intelectual o moral."

[1] Daré un ejemplo: en 1947 volvía en barco de Londres a Nueva York. Dos días antes de la llegada tomé en la biblioteca del Queen Elizabeth *La Guerra y la Paz*, que no había leído aún. Entré inmediatamente en una atmósfera de la que no lograba —ni deseaba— evadirme. Como viajaba sola, no necesitaba hablar con

Pasé de la sorpresa al entusiasmo. Sorpresa, porque nunca había oído hablar de ese autor; entusiasmo, porque expresaba a menudo lo que parecía vivir en mí en estado embrionario. Para explicar lo que sentía recurriré a lo que el mismo Keyserling escribe a propósito de Houston Chamberlain *(Viaje a través del Tiempo)*, cuyo descubrimiento le procuró una exaltación análoga.

Keyserling nos confiesa, para empezar, que siempre había adorado como otros se enamoran. Es decir que había sobrestimado hasta la

---

nadie, y esto aumentaba, creo, el estado de encantamiento. Tuve que devolver la novela mucho antes de haberla terminado, pues cerraban la biblioteca del barco la víspera de la llegada. No podía apartar mi pensamiento del libro, y vagaba por el Queen Elizabeth como había vagado por la casa de San Isidro cuando mi madre me castigó (oh crueldad, de cuyo rigor no se daba cuenta) quitándome a medio leer *The Hound of the Baskervilles*. Desembarcamos muy temprano y, después de las formalidades aduaneras, me fuí derecho a Brentano's y salí de la librería armada de *La Guerra y la Paz*. Llegué al hotel, cerré la puerta de mi cuarto y, sin deshacer mis valijas, me tiré en la cama y acabé el libro. Téngase en cuenta que esto me sucedió a una edad en que tales fervores suelen atenuarse. Y Tolstoi no era un descubrimiento para mí. Keyserling, en 1927, lo fué.

adoración a tal o cual escritor. No sé si esto será tan exacto en él como parece creerlo. Lo es en mí. He sentido pasiones literarias que igualaban en fervor a una pasión amorosa, sin ser de la misma índole. Esas adoraciones se dirigían, indistintamente, a artistas, pensadores vivos o muertos, hombres o mujeres y, debo agregar, de valor muy desigual.

La aparición de Keyserling, o más bien de su pensamiento, fué una revelación como símbolo de "lo propio, todavía nonato", que significó para mí. "Me sentía yo misma y al propio tiempo sentía del modo más intenso el misterio de estar representado", como decía Keyserling de Houston Chamberlain [1]

A medida que iba leyendo y subrayando abundantemente el *Diario de Viaje*, mi entusiasmo crecía. Supe, por casualidad, que Key-

[1] Una carta de George Eliot (extraordinaria mujer, poco leída entre nosotros) define la sensación muy de acuerdo con mi sentir: "Deseo que entienda usted bien que los escritores que me han influído más profundamente, que para mí han agitado las olas en su lecho, alzado nuevas montañas y tendido valles deliciosos, no son de ninguna manera mis oráculos. Es perfectamente posible que yo rechace alguna de sus opiniones, que

serling y yo teníamos amigos comunes en España. Inmediatamente se me ocurrió invitarlo a dar unas conferencias en Buenos Aires; en toda Sudamérica si era necesario, y si no se podía traerlo de otro modo. Aquí también, lo que el autor del *Mundo que Nace* escribe de Houston Chamberlain es aplicable a mi caso: "Yo no pensaba en nada determinado, lo único era eso: tienes que conocer a ese hombre, pues su influencia será trascendental en la historia de tu vida."

---

desee que mi vida sea totalmente diferente de la de ellos. Por ejemplo, nada significaría para mí si una persona muy sabia me arrollara con pruebas de que las ideas de Rousseau sobre la vida, la religión y el gobierno son despreciablemente erróneas, o que fué culpable de algunas de las peores *bassesses* que han envilecido al hombre civilizado. Yo podría admitir todo esto: y no por ello sería menos cierto que el genio de Rousseau ha hecho pasar a través de mi estructura intelectual y moral ese estremecimiento eléctrico que me ha despertado a nuevas percepciones... Simplemente el viento impetuoso y potente de su inspiración ha vivificado de tal manera mis facultades, que he podido dar forma más definitiva a ideas que antes moraran como confusas *Ahnungen* en mi alma... Lo mismo ocurre con George Sand. Jamás soñaría en acudir a sus escritos en busca de un código o un texto moral, pero..."

En 1924 Tagore había sido mi huésped, en una quinta de San Isidro. Estaba convaleciente. Su estadía en nuestras barrancas queda como un punto luminoso en mi memoria. Tenía entonces sesenta y cuatro años y era todo belleza e inteligencia. Una inteligencia de poeta que funcionaba mediante las antenas de una sensibilidad aguda (si esta palabra puede aplicarse a un ser que irradiaba tan profunda dulzura de alma). Yo desempeñaba junto a él las funciones de secretaria-dueña de casa. Velaba porque siempre tuviera flores frescas en su cuarto, alimentos sanos en su mesa, orden en su ropa; recibía a los numerosos visitantes, los hacía entrar por turno a su cuarto, traducía sus palabras y las de Tagore (cuando no entendían inglés), les insinuaba que se fueran cuando rebasaban el límite de resistencia y agobiaban a su querido ídolo; yo acompañaba a Tagore cuando tenía ganas de compañía y me eclipsaba, muy a pesar mío, cuando adivinaba en él el deseo de estar solo.

Fuera de estas funciones domésticas que desempeñaba con deleite, hasta el punto de creer

que había encontrado mi verdadera vocación, mis relaciones con Tagore se parecían algo a las de ciertas plantas con el sol. Ligadas al astro por su modo de vida, poco importa que ciento cincuenta millones de kilómetros las separen de él. Algunas, como los mirasoles, tienen el *physique du rôle* de amigas del sol; otras, como el heliotropo, no. Yo era del género heliotropo. Ante Tagore permanecía la mayor parte del tiempo inarticulada, muda. Ni asomos de mirasol dorado, sino muy malva y humildemente opaco heliotropo. Esta heliotropía, que me dolía a veces, no empañaba mi gozo. Y el éxito completo de esa primera tentativa de secretaria-dueña de casa para grandes escritores (en este caso tuvo como resultado una admirativa y tierna amistad con Tagore, que duró hasta su muerte), me dió el deseo de proseguir la experiencia.

Gracias a este antecedente que fué, para mí, un *elevating excitement of the soul*, me pareció que el nuevo intento tenía probabilidades de éxito.

Keyserling, invitado a una jira de conferencias, contestó que estaba comprometido hasta

1929. Le telegrafié entonces a la amiga que había servido de intermediario: "Imposible prever si entusiasmo durará hasta esa fecha." Me imagino que sólo comunicó al conde de Keyserling un texto modificado *ad usum Delphini*. Hubiese podido tomar mi salida por una impertinencia o una ingenua confesión de frivolidad, pues aun no había introducido en su vocabulario la palabra "gana" [1].

El hecho es que a mí me impacientaba mucho el tener que esperar.

[1] Esta teoría keyserliniana de la "gana" tuvo como punto de partida la anécdota siguiente, que conté a Keyserling: mi hermana Silvina no encontraba un día caddy en el golf de Villa Allende. Se le ocurrió entonces llamar a un chicuelo muy pobremente vestido que vió en la cancha. Creo que ni zapatos tenía. Le ofreció hasta diez pesos para que le llevase los palos. El chico contestaba siempre: "No puedo, no puedo." Entonces ella preguntó: "Pero ¿por qué no podés?" El chico impasible dijo: *"Porque no me da la gana."* Le conté esto para explicarle que entre nosotros, sobre todo en el campo, en las provincias, el dinero no era el primer motor y que los campesinos no eran serviles, y que las gentes de Córdoba (que me perdonen el juicio, si resulta temerario) no parecían siempre devoradas por una necesidad de actividad. La anécdota le divertió mucho a Keyserling y empezó a rumiarla, a amasarla en la artesa de su imaginación, a amasarnos todos con ella

C'est vous qui l'avez dit, Princesses de Racine:
Je meurs si je vous perds, mais je meurs si
[j'attends...

No solamente en amor son ardientes estas impaciencias. Se puede estar *impatient des mois, furieux des semaines* en otros dominios y por otros motivos.

---

y a mí principalmente. *Gana* se volvió para él no *envie*, su sinónimo francés, sino algo específicamente sudamericano, como la puna. Se convirtió en "impulso ciego, por oposición a vida determinada, o por lo menos codeterminada por el Espíritu... La gana es a la vez la más fuerte de las fuerzas y la más débil de las debilidades, potencia original e impotencia a un tiempo. Carece de todo elemento de imaginación... La gana sudamericana es un impulso totalmente ciego para el cual la pretensión de prever es un verdadero escándalo, pues ello equivale a negar su existencia misma". De ahí se deduce que la vida sudamericana es una vida "de perfecta *self-indulgence*, de indisciplina, carente de toda iniciativa, de toda previsión, y por tanto de una acción consecuente [hay un porcentaje de verdad en esta afirmación]. Toda acción sudamericana nace de un abandonarse al impulso interior... La última instancia irreductible continúa siendo siempre la gana masiva e indiferenciada. Ella es y no la sexualidad, y menos aun el instinto de dominio y de autoridad... ella es el fenómeno primordial". *(Meditaciones Sudamericanas.)*

CORRESPONDENCIA Y TEST RORSCHACH

Bajo estos auspicios comenzó mi correspondencia con Keyserling (kilos de cartas), que vivía entonces en un Darmstadt aparentemente virgen de nazismo (4 Prinz Christiansweg). Por tener una vida atareadísima, quería siempre fijar muy de antemano las fechas de sus viajes y conferencias. Las primeras cartas tuvieron por objeto entendernos sobre las condiciones de su jira, la época más favorable para su éxito, los temas que tratar, etc. Amigos del Arte, La Facultad de Filosofía y Letras, La Cultural Argentino-Germana y el Jockey Club contrataron varias conferencias. Me entrevisté con los directores y presidentes de estas Instituciones. Ofrecí alojar en la casa que estaba construyendo al filósofo de Darmstadt y a su mujer (al comienzo habló de venir con ella). Recuerdo perfectamente haberle escrito haciéndole el ofrecimiento y asegurándole que me daría gran alegría aceptándolo. Él se quejaba de la inse-

guridad de su vida material (desde el punto de vista económico) y le dije que mi casa estaría siempre a su disposición si podía serle útil... En esa época, debo agregar, no conocía su carácter explosivo.

Las gestiones en que yo intervenía defendiendo los intereses de Keyserling fueron bastante largas y pesadas. Las Instituciones demostraban buena voluntad, pero Keyserling era exigente y algo caprichoso en la materia. Yo hacía las veces de paragolpe entre las Instituciones y él, a fin de amortiguar los choques de sus ultimatums. ¡Claro!, todo el mundo no estaba dispuesto a sentir por él la indulgencia plenaria que creaba en mí el estado de entusiasmo. Si hubiera pedido la luna, creo que no me habría escandalizado demasiado. El tono imperativo y categórico que le era habitual me daba cortedad sólo cuando tenía que mostrar sus cartas. A mí, personalmente, me hacían gracia, al comienzo. Y el desparpajo que en otra persona hubiese difícilmente tolerado, en él me hacía reír siempre [1].

[1] De nuevo, para explicar mi estado de ánimo, re-

Primero, como ya dije, quedó establecido que la condesa acompañaría a su marido y obtuve, a fuerza de insistencia, que los asuntos de orden práctico fueran solucionados como deseaba Keyserling. No tuve ni tiempo, sin embargo, de felicitarme del éxito de mis gestiones... Keyserling escribió que su mujer no vendría; pero como a pesar de no venir tenía que vivir en Darmstadt durante su ausencia, etc., era menester que yo les hiciera comprender el etcétera a las Instituciones. Las Instituciones que pagaban el viaje del filósofo no me pusieron muy buena cara. Yo desplegué toda mi diplomacia para que aceptasen, con o sin ganas, las condiciones del fundador de la Escuela de la Sabiduría. Ellos alegaban que veían la sabiduría de otra manera.

---

curriré al que Keyserling sentía en su crisis de adoración por Houston Chamberlain: "Yo prescindía totalmente de lo que hizo de Chamberlain un poder político-espiritual, de su credo racial, de su pangermanismo, de su antidemocratismo y antiliberalismo — eran cosas éstas que yo disculpaba en Chamberlain, como un amigo disculpa en el amigo aquello que desde su punto de vista personal no puede aprobar." *(Viaje a través del Tiempo.)*

Aquí un paréntesis: he encontrado siempre no sólo natural sino legítimo que los creadores-pensadores o artistas desprovistos de dinero porque nunca lo tuvieron o porque lo perdieron (el caso de Keyserling) pusieran a contribución el capital de aquellos que nada tienen de creadores pero usufructúan las creaciones de los pensadores y artistas. He encontrado siempre que no existían bastantes Mecenas, o que los que existían no eran suficientemente generosos. He encontrado siempre que los "ricos" se comportaban, por lo general, de manera particularmente sórdida con los "creadores". Y que los "negociantes" de obras nacidas del talento o del genio explotaban sin pudor, ignominiosamente, a quienes las dan a luz, en el dolor.

Desde luego, ciertos creadores saben defenderse. Tienen toda la razón. Pero los Mecenas y las Instituciones que alientan a las Letras y las Artes soportan muy mal que se los trate con desparpajo. Lo menos que puede decirse de Keyserling es que adoptaba un tono de sumo desparpajo. Aquello de tener un antepasado para quien Bach compuso un arrorró, y

otro para quien Kant hizo de institutor, y otro como uña y carne con Federico el Grande, y otro cuyo juicio preocupaba a un Bismarck, hacía que las exigencias de nuestro Hermann contemporáneo debieron de parecerle a él bagatelas. También lo eran para mí, hasta el día que de ostra en ostra colmó la medida y agotó mi stock de paciencia.

De varios lados me llegaban advertencias de que Keyserling era sólo tolerable en pequeñas dosis. Él mismo me lo notificó. "Mi vitalidad es tal, que hay personas que no pueden soportarme tres días seguidos." Pero mientras no lo conocí personalmente, nada de esto me impresionaba. Yo lo veía como se me apareció en sus obras (no se encuentra en los libros sino lo que uno está capacitado para buscar en ellos), y en algunas de sus cartas, que con tanta dificultad descifraba. Pues nuestra correspondencia, durante los años que precedieron nuestro encuentro, fué copiosa.

Desde mi infancia he sido gran escribidora de cartas. Ortega pretende que las mujeres no pueden expresarse realmente sino en forma

epistolar. En mi juventud, esto me parecía cierto, con respecto a mi persona. En suma, siempre tuve afición por este género de expansiones y la oportunidad que me ofrecía Keyserling para dar libre curso a mi *vice impuni* (?) era maravillosa. ¡Escribir a alguien que admiramos y que ni siquiera conocemos! ¡Qué dicha! Doble dicha. Mi yo epistolar se desbocó como un potro. ¡Poder dialogar diariamente por medio de esos pequeños signos trazados por la mano! ¡Recibir de alguien que uno considera genial páginas cubiertas de esos pequeños signos! ¡Que el *tête à tête* con nosotros mismos se convierta en *tête à tête* con un habitante de nuestro mundo imaginario! Quien no se haya hundido en la euforia de escribir y recibir cartas (como en la música) podrá difícilmente comprenderme.

¿Escribir? Pero en el comienzo de mi vida *eso* era escribir para mí, como ha debido serlo para muchos otros. Le escribía a mi madre porque la quería; a mi tía I. porque la encontraba linda. Jamás dije de otra manera a una que la quería, a otra que la encontraba linda. Articular palabras quedaba en una región fuera de

mi alcance, y toda expresión verbal, tratárase de amor o de admiración, hubiese degenerado en lágrimas. Solamente en la medida en que los años me volvieron menos vulnerable he aprendido a hablar.

Estaba, pues, en mi elemento en cuanto se trataba de correspondencia. No porque mi estilo brillara por su pulimento (he sido siempre descuidada a ese respecto), sino por el placer inagotable que ese tipo de diálogo me proporciona. Derramé, pues, mares de tinta en dirección a Darmstadt. Allí, Keyserling con sus ojos baltos y su ascendencia mongólica leía mis cartas y las interpretaba a su manera. Me echaba en cara que mi letra clara era lamentablemente convencional cuando yo me quejaba de lo indescifrable de la suya. Pero ¿leía realmente mis cartas o las examinaba casi inconscientemente como se miran las manchas de tinta en el *test* Rorschach? [1] Y cuando se imaginaba analizar

[1] El psicodiagnóstico Rorschach es un método para el estudio de la estructura de la personalidad mediante la reacción e interpretación del sujeto ante una serie de manchas negras y en color determinadas, siempre las mismas. Se trata del tipo de manchas que resultan

la mancha de tinta que yo era para él, no hacía sino lo que hacen los sujetos sometidos al *test* Rorschach: proyectarse [1].

¿Qué no puede leerse en las cartas de una desconocida, devota lectora, mujer de otro continente y de otra raza? ¿Qué no puede leerse en las de un corresponsal admirado como autor y

---

cuando sobre una hoja de papel déjanse caer algunas gotas de tinta y luego se pliega en dos la hoja. La mancha se extiende entonces entre ambas mitades de la hoja formando dibujos que sugieren, a veces (como las nubes), animales u objetos.

[1] A propósito de Houston Chamberlain, Keyserling escribe en su *Viaje a través del Tiempo*: "Chamberlain nunca vió a Alemania tal como ésta es realmente. Harto a menudo se apegó a una quimera en la que podía creer con tanta mayor sinceridad cuanto que no tenía ninguna relación verdadera con la naturaleza alemana. Así, por ejemplo, hay una carta o artículo donde profetizó que Guillermo II llevaría el título de Guillermo el Alemán. La visión que Chamberlain tenía de Guillermo II era totalmente errónea, pues lo ensalzó con desmedida exageración. *Una cosa análoga a lo que le ocurría a Chamberlain ocurre también las más veces con la predilección por pueblos y países extranjeros: constituyen la más segura superficie de proyección de lo propio.*" Soy yo quien subraya. Las *Meditaciones Sudamericanas* iban a ser la reacción de Keyserling al test Rorschach frente a la gran mancha de tinta de nuestro Continente.

desconocido como hombre? Basta soltar la rienda a la imaginación: aquí veo un payaso, aquí una mariposa, aquí un trompo, aquí un murciélago; te digo que es una piel de vaca; imbécil, si es una roca; no, una serpiente. Y así sucesivamente.

Yo le escribía a Keyserling sobre todos los temas que de momento me interesaban y más especialmente sobre sus libros y cuanto me sugerían. Feliz y colmada porque existía para él, al punto de que se dignaba contestarme, expresaba mi agradecimiento en términos fervorosos. Fué para mí más o menos lo que Houston Chamberlain para él en la época en que el tío Eduardo Keyserling comparaba al joven Hermann con un niño deslumbrado por un árbol de Navidad. A mi vez yo era el niño ante el árbol, y él era el árbol lleno de luces que yo contemplaba con la boca abierta.

Debería usted venir a Europa, empezó a escribirme Keyserling. Y luego: es preciso que venga usted a Europa para que hablemos de la jira, para enseñarme a hablar en español, para que nos conozcamos. Y pronto: es indispensa-

ble que venga. Ello coincidía con mi vivo deseo de volver al viejo continente. Pero a pesar de mi sueño de encontrarme al fin con Keyserling, empezaba a sentir en la boca del estómago, ante la simple idea del encuentro, el malestar que sentimos la víspera de un examen o de una visita a casa del médico cuyo diagnóstico nos preocupa.

VERSALLES

La fecha fué fijada: enero 1929. El lugar: Versalles. Yo vivía entonces en un departamento en París, 40, rue d'Artois (me gustan las precisiones). Keyserling, invitado por mí, pues yo no quise ir a verlo a Alemania, se instaló con armas y bagajes en el Hôtel des Réservoirs. Las armas: una estilográfica de oro y lápices. Los bagajes: su manuscrito casi ilegible de *America set free*, en que estaba trabajando.

Keyserling había puesto condiciones que (yo no lo conocía aún sino por escrito) me divir-

tieron como me divertían aquellas exigencias, aquellas explosiones que exasperaban a quienes las habían padecido directamente. Ante todo deseaba que durante el mes de su permanencia en Versalles lo fuese a visitar con la mayor frecuencia posible; que no llevara una vida mundana (como si a mí me diera por ahí), vida que podía distraerme de nuestros coloquios; que no contara con él como hombre sociable para reuniones de ninguna especie; que lo invitara a comer en París una o dos veces con argentinos selectos, champagne y ostras ídem; que las mujeres estuvieran con traje de soirée y los hombres de smoking. Estos requisitos me parecieron inocentes y de una conmovedora *gourmandise* del paladar y de los ojos. He detestado siempre el champagne, las ostras, las comidas en que hay que "vestirse"; pero comprendo que a otros les gusten.

Me sabía de memoria los detalles de este pacto cuando llegué una tarde al Hôtel des Réservoirs. Keyserling me esperaba en la salita que iba a convertir en su escritorio. La nieve caía o acababa de caer sobre ese Versalles amo-

dorrado de invierno que tanto me atrae. El Hôtel des Réservoirs, en que yo había reservado los cuartos para Keyserling de acuerdo con sus instrucciones, era un hotel vetusto y de un encanto quintaesencia de Francia. El edificio tiene proporciones admirables y en él se sentía uno como en el corazón del país. Gigante explosivo, el fundador de la Escuela de la Sabiduría (cuya estatura yo había subestimado) se adelantó hacia mí con las dos manos tendidas. En una sola de ellas habría podido aplastar las dos mías; mis dos manos o hasta mis dos pies. En la salita cuadrada, cuyas ventanas daban sobre el *pavé du Roi*, parecía ocupar todo el espacio. Dos nombres acudían a mi memoria: Gengis Khan, Tamerlán... Gengis Khan, Tamerlán de las letras esta vez. Nombres éstos de representantes de las fuerzas telúricas, si he comprendido bien el papel de estos señores en la historia. A menos que en su calidad de varones fuesen los representantes del Espíritu. Hago esta salvedad a posteriori, acordándome de lo que Keyserling afirma en sus *Meditaciones*: "El hombre absolutamente viril es primordialmente vidente, así

como la mujer primordial es primordialmente ciega. Por esto el hombre encarna originariamente el Espíritu; por esto todo el mundo entiende espontáneamente por la palabra *Historia* la historia del hombre." Esta clasificación, esta actitud frente al macho y la hembra de la especie se halla aún reforzada por este pasaje de *De la Pensée aux sources de la vie*: "La mujer es el elemento más religioso de la humanidad, el que reza. Por otra parte, le es muy difícil hacer directamente la experiencia interior del espíritu. Aun las experiencias interiores de las santas más auténticas tienen un carácter de encarnación netamente pronunciado. Esto explica el culto primordialmente femenino del falo. La psicología del inconsciente ha demostrado que, contrariamente a las primeras teorías de psicoanálisis, las representaciones sexuales no se referían, en la mayoría de los casos, a una realidad sexual, sino que tenían un significado simbólico y eran los símbolos más manifiestamente conformes a la naturaleza humana para representar lo primordial. He aquí precisamente en qué sentido y por qué el falo representa ante todo tan natural-

mente el espíritu." Ahora bien, admitir y aun afirmar, como hace Keyserling, que el hombre primordialmente viril es primordialmente vidente, así como la mujer primordial es primordialmente ciega, es plegarse en suma a la creencia de que hasta para nosotros, civilizados, el falo (como símbolo de lo masculino) representa legítimamente el Espíritu. Es interesante cotejar esta profesión de fe con un texto de Simone de Beauvoir *(Le Deuxième Sexe)*: "El hombre hecho considera su sexo como un símbolo de trascendencia y de poder; se envanece de él... Pero barrunta que hay en ello un engaño; este órgano por el cual pretende afirmarse no le obedece; cargado de deseos insatisfechos... manifiesta una vitalidad sospechosa y caprichosa. El hombre pretende hacer triunfar el Espíritu sobre la Vida, la actividad sobre la pasividad; su conciencia mantiene la naturaleza a distancia, su voluntad la modela, pero bajo la figura del sexo vuelve a hallar en él la naturaleza y la pasividad."

La supremacía espiritual de lo masculino (como si el Espíritu tuviese un sexo fuera de

la gramática) y el hecho de que el hombre se adjudica el título de *representante del Espíritu* con el simple pretexto de que es, en la especie, el portador de los espermatozoides me ha parecido siempre cómico en ciertos aspectos y trágico en otros. Pues los errores consolidados por la razón (y el interés) del más fuerte, transformados en prejuicios respetables y aceptados entonces por las masas, son siempre trágicos. Pero la razón del más fuerte no puede ser la mejor sino en el reino animal, nunca en el reino espiritual, el del hombre y la mujer, estos desconocidos.

Toda la digresión que antecede sirve para establecer que nunca he admitido (así fuera la opinión de todos los pensadores y los profetas), que el hombre como portador de espermatozoides fuera el representante del Espíritu sobre la tierra, mientras la mujer, como portadora de óvulos, fuera la representante de las fuerzas telúricas [1]. Por el contrario, creo, lo repito, que si los hombres

[1] No veo por qué un espermatozoide ha de ser más espiritual que un óvulo.

han visto en la mujer la representación de dichas fuerzas telúricas es por un fenómeno de proyección. La reacción causada en ellos por la mujer como mujer hacía que le atribuyesen las impresiones que sentían frente a ella. Porque la mujer los volvía telúricos la proclamaban telúrica. Porque la mujer despertaba su emotividad la proclamaban emotiva. Porque la proximidad de la mujer actuaba sobre ciertas glándulas en ellos la proclamaban animal. Y como finalmente y principalmente buscaban junto a la mujer, consciente o inconscientemente, estremecimientos de ese orden, dejaban generalmente el espíritu en el guardarropa como un paraguas innecesario, y acabaron (o empezaron) por creerse los verdaderos representantes del Espíritu que naturalmente no encontraban en ella, a falta de órgano para percibirlo (el órgano había quedado en el guardarropa).

Todas estas reflexiones vinieron desde luego mucho más tarde y no en el momento en que viendo a Keyserling por primera vez, en el Hôtel des Réservoirs, resumí en dos nombres célebres, Gengis Khan, Tamerlán, la imagen

que el gigante balto me evocaba. Tengo sobre estos dos personajes nociones extremadamente vagas, pero imagino que el encontrármelos de sopetón a la entrada del Grand Trianon o junto al estanque del Char Embourbé me habría producido el mismo asombro que me produjo el fundador de la Escuela de la Sabiduría en una salita de exquisitas proporciones cuyo marco parecían hacer estallar aquella estatura inusitada y aquella risa de dios de la Ilíada. Él mismo dijo de sí: "Siempre tuve el temperamento que dió lugar a que encontrara eco tan propicio la leyenda de mi descendencia de Gengis Khan; no sólo espiritualmente, sino como si dijéramos a modo de ave de rapiña, era rápido, de sangre ardiente, violento, excitable, desmedido y totalmente inascético." Tal fué efectivamente mi impresión esa tarde, 3 de enero. Me desorientó no poco y vi inmediatamente que en el horizonte se acumulaban nubarrones y que no todos serían de color de rosa. Pero un cielo lleno de nubes grises (el que pintó el Greco pintando a Toledo) puede tener gran belleza, pensé. Por otra parte, estos sentimientos confusos no hacían

sino atravesarme como relámpagos precursores de una nueva lucidez.

Comimos juntos esa noche. Ciertamente no había esperado toparme con Parsifal bajo las especies del filósofo de Darmstadt, sino más bien con Júpiter tonante. Pero no había contado con la parte de Baco y de Pantagruel. Este aspecto cumulativo de su persona, avivó oscuramente lo que yo llamaría mi complejo de Penthesilea [1]. Oscuramente, digo, pues me sentía muy intimidada, muy inarticulada ante él. Que haya podido encontrarme algún parecido con Kundry fué más tarde una revelación para mí. Una prueba del poder de su imaginación. Pero cuando salí aquella noche del Hôtel des Réservoirs tan poco sabía yo la impresión que mi persona había producido en él como él la que

[1] Penthesilea, hija de Marte, una de las reinas de las Amazonas. En la leyenda, Penthesilea fué en socorro de Príamo a Troya y murió a manos de Aquiles, que luego lloró su muerte. En su célebre tragedia, Kleist invierte los hechos: Penthesilea mata a Aquiles. Goethe escribía después de la lectura de la obra: "...no puedo todavía familiarizarme con *Penthesilea*. Pertenece a una raza tan fabulosa y se mueve en una región tan extraña que necesito cierto tiempo para acostumbrarme a las dos".

su persona había producido en mí. Y el quid pro quo debía prolongarse como en un vaudeville clásico. Cierto que jamás le comuniqué en Versalles el desarrollo vertiginoso que iba alcanzando en mi fuero interno el complejo de Penthesilea. Pero no olvidemos que había en Versalles dos personas en situaciones diametralmente opuestas: una ávida de hablar y otra ávida de escuchar; una dotada para hablar, otra casi muda; una toda aplomo, otra toda temblor. Desde Buenos Aires, siete meses antes, yo le escribía a Keyserling: "Me pregunto cómo va usted a arreglárselas para enterarse de mis pensamientos y sentimientos. Me hace usted la impresión de ir siempre a la velocidad máxima. Siento tan rápidamente como usted. Pero no salto a la expresión, no articulo con su extremada rapidez. Cuando quiero expresarme soy lenta; me siento súbitamente privada de medios, privada de experiencia, como si pesaran sobre mí generaciones y generaciones de seres que sólo practicaron el silencio. Todos mis pensamientos, mis sentimientos tienen la forma del grito, la forma informe y terrible del grito o

del quejido." Por su lado, Keyserling, como todos o casi todos los pensadores muy ricamente dotados, era en cierto sentido sordo al prójimo cuando lo obsesionaba una idea (acabé por descubrirlo más tarde). Mis pensamientos, mis sentimientos verdaderos no eran percibidos sino *interpretados* por él de acuerdo a su "fantasía poética".

PRESENTIMIENTOS Y DIVERGENCIAS

El hecho es que volví a París, la noche de nuestro primer encuentro, llena de aprensiones. Recuerdo la nieve en la noche, sobre el camino, y la palabra inglesa *misgivings* (presentimientos aciagos) que me trotaba por la cabeza, quizá por estar compuesta por la palabra *miss* (malograr, errar el blanco) y *giving* (dar).

En adelante me apliqué a no dejarme perturbar por la rebeldía instintiva que la sola presencia de Keyserling suscitaba en mí. Pertenemos seguramente a especies animales distintas,

pensaba. Pero es preciso que la conciencia neta de esta diferencia no empañe nuestras relaciones en el único plano importante en el caso presente: el plano intelectual, espiritual.

En 1928 el doctor Gabriel Moner, gran lector de Keyserling como yo, venía con frecuencia a hablar de este autor conmigo. Buen conocedor del alemán, me traducía pasajes de libros que no habían aparecido en otro idioma. Recuerdo haber hablado largamente con él de *Wiedergeburt* ("Renacimiento"), en cuyo prefacio escribe Keyserling: "En *Figuras simbólicas* fundé mi convicción de que *nadie puede hacer otra cosa sino incitar*, que no existe ética alguna superior a la fecundidad, etc." Como incitador había yo visto el poder de Keyserling. Y en su *Diario de viaje* había encontrado muchas páginas que coincidían perfectamente con mi manera de pensar y de sentir, cosa que produce siempre en el lector una especie de euforia. Por ejemplo: "Cuanto más veo arte que es sólo arte, más consciente me siento de mi peculiar disposición que me permite apreciar el arte tan sólo como expresión inmediata de la realidad

metafísica. Por esta razón, el arte verdaderamente grande significa más para mí que para la mayoría de sus admiradores, pero no puedo hacer justicia al arte menor, y muchas obras maestras se me antojan de ese orden. En particular lo puramente decorativo me deja frío. La gracia, el encanto de un arabesco no tiene un fondo directo más profundo que el gusto exquisito de su inventor; y no sé qué puede importarme que un determinado individuo tenga gusto. Esto desde luego sólo prueba mis limitaciones, no la falta de valor del arte decorativo. Indudablemente, su carácter es superficial y sería ridículo comparar a Sansevino con Miguel Ángel. Pero no sólo la profundidad tiene derecho a existir. . ." [1]

Yo le había escrito a Keyserling comentando este pasaje: "Para X. es precisamente la gracia, el encanto del arabesco, lo puramente decorativo lo que cuenta en primer término. Los versos

[1] Yo coincidía con él en esta materia respecto a la literatura como gran arte. Pues por otra parte soy extremadamente sensible a la gracia y encanto de un arabesco. Y el buen gusto de la gente me concierne directamente por el placer que me proporciona.

más hermosos son los que no existen sino de acuerdo con este canon estético. Cuanto menos sentido tienen más parece deleitarle el hallazgo afortunado de las palabras y lo imprevisto de su ordenación. Dante es un gran poeta para él gracias a ciertas menudas invenciones verbales o hallazgos de orden decorativo (como si fuera posible separar en este poeta por excelencia la forma del fondo). Para X. el arte es una manera de huir del pensamiento; para mí la única puerta abierta hacia él."

Este género de coincidencias, su teoría de la "fecundidad de lo insuficiente" y su creencia de que los grandes artistas son los grandes incitadores eran los puntos cardinales que me habían convertido al keyserlinismo. Pero después de haberlo conocido empecé a preguntarme hasta dónde podría seguirlo. En este sentido me ocurrió, pues, lo contrario de lo que a Keyserling frente a Houston Chamberlain cuando escribe: "Dejé involuntariamente de plantearme siquiera la cuestión... de si yo podía seguir a Chamberlain y hasta dónde. En efecto, de antemano me era indiferente en definitiva que Chamber-

lain tuviera propiamente *razón* en algún sentido." Yo, en cambio, empecé a preguntarme: hasta dónde puedo seguirlo sin merma, sin abdicaciones, sin traicionar en una palabra mi propio *dharma*. Y durante las cuatro semanas en que fuí casi diariamente a visitarlo, descubrí, con gran consternación, que no podía seguirlo enteramente bajo ningún pretexto y por ninguna causa, así fuese la del Espíritu con mayúscula (tal por lo menos como él lo entendía). Esta divergencia irremediable entre él y yo, esta imposibilidad de aceptar todos sus puntos de vista, de aceptarlo a él mismo sino parcialmente (como si le hubiese dicho: no será usted nunca para mí luna llena sino media luna) es lo que él habría de calificar más tarde en su *Viaje a través del Tiempo* de *desdoblamiento medieval* [1].

El hecho de no ser de su opinión y de no plegarme a sus deseos, fueren cuales fueren y no importa en qué plano, me trans-

[1] Si se pusiera al final de este ensayo un glosario de términos técnicos, como existen en las obras de divulgación del psicoanálisis, se leería en el caso presente: *Desdoblamiento medieval* (estado de): se diagnostica, según Keyserling, en el sujeto femenino que no quiere

formó, a sus ojos, de uno de "los seres más espirituales que había conocido" (v. *America set free*) en "la encarnación misma de la *gana*" (v. *Viaje a través del Tiempo*). Y me convertía en la encarnación, la esclava de la *gana*, precisamente en el momento en que daba pruebas irrefutables de vencerla. Puesto que cuando finalmente el malentendido que reinaba entre nosotros pasó del estado de *drôle de guerre* al de Hiroshima, la *gana* me habría dictado una actitud radical y brutal, que no fué por cierto la que adopté a fin de "cumplir mis promesas" en lo que se refería a la jira de Keyserling en Sudamérica. Él mismo ha tenido la gentileza de mencionar y reconocer este detalle.

¿En qué consistía concretamente este malentendido? Puede definirse su esencia prescindiendo del léxico filosófico (cuando menos para la mujer *matter-of-fact* que soy según Keyserling). El fervor inusitado de mi entusiasmo por ciertos aspectos del genio keyserliniano (he considerado

---

desempeñar el papel de Francesca da Rimini al mismo tiempo que el de Beatrice Portinari, bajo el pretexto absurdo de que Dante Alighieri no tiene la cara de Paolo Malatesta.

y considero que este hombre tenía destellos geniales), lo habían inducido a creer ese entusiasmo inseparable, a menos del "desdoblamiento medieval", de un gran amor total que jamás me inspiró. El comprobar la ausencia de ese sentimiento me hizo aparecer ante sus ojos como un monstruo y una traidora, cuando sólo era una mujer a quien le dolía decepcionarlo sobre este capítulo (que me valió el suyo) y que se obstinaba al comienzo en emplear un sinfín de miramientos para aclararle el sentido de su equivocación. Estos miramientos acarrearon en parte a Sudamérica el capítulo de la *Delicadeza* en las *Meditaciones*. "Así, la dulzura y los extremos miramientos de los sudamericanos no significan jamás calor de sentimiento..." "Todo el mundo comprende a quien por una mirada despectiva saca el revólver... Cuando el sentimiento de la ofensa deja lugar a la reflexión, se estima poco delicado [en nuestro continente] tirar de frente contra el adversario: este ademán podría producirle un efecto desagradable. El asesinato es reputado más noble que el duelo." Encuentro el juicio algo exagerado. Y aun los

americanos de pura cepa, los de los bajos fondos del Tercer Día de la creación, saben distinguir en su fuero interno un duelo de un asesinato [1].

En su fiebre de generalización (a partir de un punto verdadero, dudoso o falso según los casos, y esta vez el punto de partida era extremadamente dudoso), Keyserling no se queda corto: "Los sudamericanos se callan en todos los casos en que un europeo levantaría la voz o estallaría en invectivas. Prefieren matar que injuriar." Apelo al testimonio de todos los chauffeurs de taxis y otros conductores de vehículos de la República Argentina, así como a la sombra de mi abuelo paterno, que por otro lado era todo sensibilidad e incapaz de matar una mosca.

Pero ¿qué ocurrió cuando cansada de una

[1] El tono burlón y despectivo que suele adoptar Keyserling para hablar de la "delicadeza" no deja de sorprender cuando leemos en el *Viaje a través del Tiempo* frases como ésta: "...a nadie pude perdonar nunca que bajo el signo de la ruda cultura norteamericana de la sinceridad, desgraciadamente propagada por todo el mundo, me *dijera la verdad*... Una sola palabra afectuosa me facilitó muchas veces varios días de estado de ánimo creador, una sola expresión de objetividad seca me hizo perder para siempre la simpatía por una persona". ¿En qué quedamos?

"delicadeza" inútil a la que hacían oídos sordos levanté la voz (tengo un registro bastante amplio)? Se me trató de vándala y de iconoclasta. Se me acusó de gozar de mi destrucción como había gozado de mi "idolatría" (obsérvese que la palabra idolatría fué elegida por mí para distinguir el amor provocado por un ídolo del amor provocado por un dios: adoración entonces. Idolatría en el sentido de Buey Apis, Hebreos, Sinaí. La palabra fué empleada, cuando lo fué, en un sentido netamente peyorativo: culto a una falsa divinidad). Por consiguiente ni mi delicadeza sudamericana, ni mi franqueza norteamericana encontraron gracia a los ojos de Keyserling en cuanto se trató de hacerle entender lo que no le daba la *gana* de entender. No me habría desconcertado tanto si no hubiese tenido de él tan alta opinión; ese mal es un mal vulgar y bien conocido de los hombres de todas las profesiones. Sólo que cuando se trata de hombres que tienen por oficio expresar sentimientos, reacciones y pensamientos, está como en un escaparate.

BERNARD SHAW Y SUS ADMIRADORAS

Bernard Shaw, en sus *Diez y seis esbozos de mí mismo*, dedica algunas páginas al sexo en la biografía. Son deliciosas de humorismo y tienen traza de ser sinceras, aunque sobre ese tema es difícil serlo. Hasta los que desean y se esfuerzan en ser verídicos no alcanzan siempre la verdad. Incluso en nuestra época de nudismo literario en lo que se refiere al "sexual behaviour". Y ya ni se trata de nudismo, el nudismo no tiene por qué ser obsceno, sino de puro exhibicionismo (véanse los Genet, Sachs, Miller, etc.) Difícilmente se concibe en nuestro tiempo que *Lady Chatterley's lover* (novela que pasó por obscena cuando se publicó y que era en realidad el grito de un puritano; un puritano que descubre, como en un rapto, que el amor físico entre un hombre y una mujer que se quieren tiene belleza) haya podido prohibirse por la censura en un país que devora libremente, hoy día, el verdaderamente obsceno

Hadley Chase. Sobre la solapa de una de sus novelas se le recomienda la lectura de la obra al lector diciendo: *"A welcome puff of fetid air"* (Una bocanada bienvenida de aire fétido.)

En suma, ni el *Kinsey report,* ni la moda del nudismo erótico en literatura nos ha salvado de la mentira voluntaria o involuntaria. ¡Le es tan natural al amor propio exagerar en cualquier sentido! El hombre (y la mujer) se las arreglan para envanecerse de todo, incluso de pasar a los ojos del lector pasmado por un monstruo, más o menos sagrado... Sólo los Santos no pueden envanecerse de sus ayunos y mortificaciones porque ipso facto dejarían de conducirse como Santos. No existe recoveco de la naturaleza humana en que la vanidad, el amor propio y el orgullo no se infiltren e instalen; que no infesten solapadamente, si no es con descaro. Pero esa infección ataca especialmente al varón en lo que atañe al sexo.

Shaw parece, en sus escritos, bastante desprovisto de ese complejo. Empieza por declarar que si se mantuvo continente hasta los 29 años (caso bastante extraordinario), jamás esta-

bleció relación entre las actividades sexuales y la delincuencia (actitud bastante poco corriente en la masa, aun en nuestro días). A partir del momento en que empezó a vestir decentemente, dice, empezó a tener éxito. Las mujeres lo buscaban. Pero su éxito de hombre bien vestido coincidió con sus éxitos literarios, que le permitieron ese lujo. Así que no se puede achacar a la indumentaria la totalidad de las conquistas. He aquí, ¡oh milagro!, lo que escribe de las mujeres que rondaban en torno de su joven (o vieja) gloria: "No todas mis perseguidoras deseaban tener relaciones sexuales conmigo." Digo: ¡oh milagro!, porque semejante declaración de parte de un escritor de fama mundial es más desusada aun que el haber guardado continencia hasta los 29 años; y la perspicacia que tal declaración implica, tan contraria a las leyes de la naturaleza masculina como el milagro a las leyes de la naturaleza a secas. Pero su perspicacia va más lejos (¡oh Montherlant!) "Algunas estaban dispuestas a comprar amistad con la moneda del placer, ya que habían aprendido, por una variada expe-

riencia, que los hombres están hechos de ese modo. Otras... etc. No había dos casos parecidos."

Una mujer puede tener variadas razones para prostituirse (si ese nombre se da —como debe hacerse— al entregarse sin amor, a cambio de algún beneficio de orden material y práctico). No se trata únicamente de alhajas, pieles, departamentitos confortables o pan nuestro de cada día. Hay también ambiciones de otra categoría: el cine, el teatro, la política, el casamiento, hasta la gloria literaria, ¡qué sé yo! El varón está hecho de tal manera que ofrece mucho a quien está dispuesta a pagarle con moneda de placer, o incluso con moneda de amor propio satisfecho, con moneda de sensación de dominio halagada. La mujer está hecha de tal manera que si se encuentra en circunstancias desgraciadas suele ceder a la tentación (y las que han vivido a cubierto de esas tentaciones y las ignoran no tienen de qué jactarse). Pero en esos casos nada infrecuentes, entendámonos bien: es Adán quien ofrece la manzana, Adán quien dialoga primero con la serpiente. De sobra sabemos que

"la pequeña intriga entre la Mujer y la Serpiente desbarató las bases del plan original" en lo que se refiere a la creación del Primer Autor. Pero si bien es cierto que el desbarajuste de dicho plan no partió del hombre, él se ha desquitado después en materia de zafarranchos. No tiene motivos para hacerse el modesto. Y buena cantidad de mujeres sienten ganas de decirle, a veces: Devuélveme la manzana, toma tu costilla y sanseacabó.

De ninguna manera creo que el conde de Keyserling, cuyos antepasados habían tenido a su servicio a los Bach, los Kant y que se tuteaban con Emperadores y Cancilleres, le atribuyera mayor importancia a estas historias de fruterías. Creo que más parecido a los dioses del Olimpo que a los descendientes de la pareja paradisíaca, se irritaba simplemente por el hecho de que una simple mortal se atreviera a llevarle la contra, y a no asentir a todas sus "fantasías poéticas". Yo tengo una idea muy nebulosa de lo que eran y hacían mis antepasados cuando los de Keyserling se hacían acunar con las *Goldberg-Suiten,* pero tengo una muy clara del

papel que no quería desempeñar en 1929: el de Leda. Los cisnes, por más que procedan de Mantua o de Cambray, no fueron nunca animales de mi predilección.

En vista de todas estas discordias subterráneas entre personajes del Olimpo y del Génesis reencarnados (discordias que Keyserling habría de llamar, años después, "los acontecimientos más banalmente privados de mi vida"), la estadía del filósofo en el Hôtel des Réservoirs fué para mí, sin dejar de ser un acontecimiento de enorme interés, una prueba diaria extremadamente dura de soportar.

SE PONE A PRUEBA MI "DELICADEZA"

Era siempre el hombre genial, el conversador brillante, imprevisto, infatigable que cuantos han conocido recordarán. Pero aquellos de quien fué huésped recordarán igualmente sus exigencias y violencias. Y en Versalles, era mi huésped. Por consiguiente, me incumbía el deber de

enderezar todo lo que, a su juicio, andaba mal en el Hôtel des Réservoirs. Lo he visto palidecer de cólera por un puré de papas, y a pesar de que la violencia ocupa un lugar preeminente en la lista de mis pecados, me asustó la magnitud de la suya. Hacía juego con la medida de su cuerpo de gigante. Aunque no se dirigía a mí sino al mozo, yo sospechaba que era su verdadero destinatario, y el mozo y el puré pretextos para aliviar una tensión. Le supliqué que no se pusiera en semejante estado, pues mi sistema nervioso no los toleraba. Y volví a insistir cuando hubo, por un motivo u otro, reincidencia. He aquí cómo traduce, en las *Meditaciones,* ese horror que me causaban sus ataques de cólera. Después de establecer que el sudamericano es un animal de sangre fría (orden de los batracios) y que reacciona al calor como ningún otro ser, porque no lo posee, Keyserling agrega: "Es tan permeable al calor como al frío... por eso las mujeres de este continente sienten tal horror, desconocido en todo otro país, por cualquier clase de dureza; la cólera para ellas es un vicio..." Si

mal no recuerdo, el catecismo de la diócesis de Bayona, que me aprendí de pe a pa a los nueve años, coincidía con ese prejuicio de las sudamericanas. "...de carácter ardiente y apasionado [se trata siempre de las sudamericanas], son ante todo sensibles a la violencia y la violencia les resulta insoportable. Pero, por otra parte, en su fuero interno, desean ser violentadas; desean permanecer absolutamente pasivas, libres de toda responsabilidad; y los frecuentes éxitos sexuales de los hombres sudamericanos en Europa se deben al hecho de que, por su lado, a pesar de su delicadeza, ejercen la violación como la cosa más natural..." (*Meditaciones.*) [1]

Es difícil pasar por alto ciertos elementos de contradicción y de exageración en este interesante pasaje. Quien odia la violencia y la có-

[1] En la traducción francesa (Stock 1932) dice: "...ils exercent le viol comme chose toute naturelle"; en la española, de García Morente (Espasa-Calpe 1933): "...ejercen la violencia con naturalidad primordial." Creo que la versión francesa (de la cual he traducido todas las citas de este libro) es más fiel respecto al término, de acuerdo con lo que le he oído decir al propio Keyserling sobre el asunto.

lera no puede desear padecer sus efectos, a menos de ser un caso patológico de masoquismo. Este extremo de masoquismo no parece tan difundido, que yo sepa. Y si los sudamericanos por ejercer la violación como cosa natural (he atravesado mi vida sin observar síntomas alarmantes de estas costumbres; ¿por qué será?) tienen éxito entre las europeas, ¿no podría deducirse de tal fenómeno que las mujeres del viejo continente se aficionan en seguida a la violación y adoptan los hábitos de nuestros hombres de Cromañón? No hace falta, por consiguiente, ser un animal de sangre fría, perteneciente al mundo del Tercer Día de la Creación, para conducirse como tal [1]. Y finalmente, gene-

[1] Keyserling parece haber leído distraídamente (como me escuchaba distraídamente) el primer libro del Pentateuco. El Tercer Día de la creación fué dedicado, según parece, a separar el agua de la tierra y a poblar de plantas la parte seca del mundo que nacía. Sé perfectamente que los *hechos* no contaban para él. Pero cuando escribe *(Viaje a través del Tiempo)* que había visto (aunque ya no veía) en mí a "la serpiente del Tercer Día de la Creación", habla de un ofidio nonato, que sólo existía en forma embrionaria, o en el estado de esbozo, en la mente del Todopoderoso y no sobre la tierra. El Divino Hacedor consagró el cuarto día al

ralicemos, puesto que estamos en buena escuela para hacerlo, se deduce que la violación universalmente aunque subterráneamente apetecida por la mujer, sólo consigue ejercerla con éxito el hombre de Cromañón (léase el sudamericano). Algo había que dejarles a los pobrecitos.

Con el correr de las semanas, mi stock de *delicadeza* y de mansedumbre mermaba durante mis visitas a Versalles. Keyserling permanecía sordo y ciego a mis insinuaciones y a mis espantadas de potro arisco. Poco a poco se formaba en mí la convicción de que tendría que terminar por las coces tarde o temprano. Pero tomaba tan poco en serio mi gana de emplear ese método inmediatamente, que no quise turbar la

---

sol, la luna y las estrellas. Ni rastros de serpientes todavía. En fin, el quinto aparecieron los pájaros y los peces. Admito que entre ellos pudiera colarse algún animal con traza de serpiente; una anguila por ejemplo. Pero lo admito de puro complaciente. En realidad, la serpiente hizo su entrada triunfal al mundo el mismo día que el hombre, o sea el sexto día. Antes de que apareciera la mujer. Si nos diera por ser mal pensados, diríamos que la serpiente y el hombre tuvieron tiempo de prepararle una celada a la mujer antes de su llegada a la tierra.

gestación del genio y traté al hombre con las precauciones que se dispensan a las mujeres embarazadas. Keyserling creyó descubrir luego en esta actitud astucias de india. Un latino, de cualquier día de la creación, no se habría equivocado. Pero él no tenía ni una pizca de latinidad, a pesar de que se jactara de una rapidez y una efervescencia latinas. Nada en Keyserling provenía de ese caos étnico, tan vilipendiado en la *Génesis del siglo XIX* de su adorado Houston Chamberlain. Y yo, en cambio, procedía de él hasta la última gota de mi sangre reptiliana, pese a que la claridad me resultase tan necesaria como al gran balto [1]. Los más humildes lagartos buscan también el sol.

Hubiese podido inventar un pretexto después de la experiencia versallesca, lamentable desde mi punto de vista personal, para anular la gira de conferencias. *Ganas* para prolongar mi es-

[1] A propósito de ciertas modalidades sudamericanas, encuentro estas líneas en las *Meditaciones*: "Es un mundo que en cierto sentido teme la luz: todo *sous-entendu* es inmediatamente captado y estimado en su justo valor, mientras, salvo raras excepciones, la claridad provoca equívocos."

tadía en Europa me sobraban. Pero ni se me ocurrió sacrificar a reacciones personales lo que nada tenía que ver con ellas. El espectáculo de Keyserling, como hombre de gran formato, me parecía siempre digno de interés y de admiración. Yo estaba segura de su éxito, y con tal de que las gentes guardaran las distancias y tomaran al filósofo en dosis razonables, no había motivo para temer ningún contratiempo.

La relación con su persona cotidiana, con sus reacciones al Espíritu con mayúscula y al puré de papas con minúscula (yo sentía que me miraba a veces como a una papa recalcitrante que no se deja convertir en papilla), me habían instruído sobre los límites de mi aguante.

EN QUÉ VARIÓ EL PROGRAMA

En nada cambié el programa de las conferencias. Pero resolví: 1º No regresar en el mismo barco que él a Buenos Aires. 2º Alojar a Keyserling en el Plaza Hotel (el "hotelucho" del

puerto donde se alojó, según él, Tagore) y no en mi casa. 3º No usar con él, dado que no era un primitivo como nosotros [1], esos eufemismos, esa delicadeza, "diplomacia de la hembra", a los que me había creído obligada en Versalles, cuando necesitaba un "estado anímico creador" que mi rudeza podía turbar.

Esta última resolución dió origen a muchos *trains of thought* de las *Meditaciones,* resultado de su viaje a Sudamérica. Pues aunque se consideraba incapaz de reaccionar como un primitivo y aunque solía amar la claridad, el conde de Keyserling, por balto que fuera, reaccionaba a toda "impresión desagradable" como un brasileño o un argentino cualquiera. Lo pude comprobar cuando pasé del sistema de la insinuación (tildado en las *Meditaciones* de "diplomacia de la hembra") al de la franqueza brutal, y del de la espantada al de la coz. Mi nueva actitud no me valió el ser clasificada entre los animales del sexto día de la Creación. ¡Qué

[1] "Sólo las impresiones desagradables despiertan el rencor del ser primitivo: por consiguiente, hay que evitar producírselas." *(Meditaciones.)*

esperanza! Mi franqueza fué tratada de traición y mi corcovo de flecha envenenada.

En una palabra, después de la llegada del filósofo a Buenos Aires las relaciones se hicieron cada vez más tensas, hasta el momento en que supe por casualidad la opinión de Keyserling respecto a mi conducta con él. Me sentí como vitriolada por tamaña injusticia y le escribí una carta (estaba por irse) en que le explicaba con una franqueza al rojo blanco lo que pensaba y sentía, lo que había pensado y sentido antes y después de Versalles. Me declaró, más tarde, que era la carta más cruel que había recibido en su vida. Yo guardaba copia de ella, a pesar de que no acostumbro hacerlo, por haberla escrito varias veces, y encuentro, hoy que ha pasado la tempestad, que lo es, aunque no tanto.

Le pedía entonces que me devolviera los kilos de papeluchos que le había dirigido a cambio de sus cartas. Alexander von Wuthenau, Secretario de la Embajada de Alemania, fué encargado por mí de esta misión. Yo había dejado de estar en *speaking terms* con Keyserling. Le mandé un enorme paquete de papeles.

Quemé los que me devolvió, salvo unos pocos. Y fué también un "entierro simbólico" el que realicé así en forma de auto de fe. La voz de San Remigio no sonó en mis oídos con las palabras tradicionales: "*Courbe la tête, fier Sicambre... Brûle ce que tu as adoré...*", pero fué igual. Me di por notificada.

NECESIDAD DE HERO-WORSHIP

Verdad es que mi inveterada necesidad de *hero-worship* renación de sus cenizas. Felizmente ni un Gandhi ni un T. E. Lawrence podían decepcionarme. Uno habitaba el reino de la casi santidad, el otro el de la muerte. Y aunque este último hubiera estado vivo no creo que habría variado la situación.

Hay seres a quienes les es imposible vivir sin admirar, y para quienes la admiración significa *hero-worship*. Si es cierto que el *hero-worship* puede completarse con otro amor, también puede prescindir perfectamente de él, y es una de

sus características. Bajo esta última forma es como he conocido el *hero-worship*, y no de otro modo.

Este tipo de exaltación es el que los escritores comprenden mal, por lo general, pese a que lo inspiran. Tan mal que suelen ver en ello una afrenta, una deserción, un crimen de leso genio. De ahí, en la historia de la literatura y de la filosofía, tantas novelas de clave, teorías, sistemas de pensamiento, vocabularios filosóficos, etc. ¿Dónde encontrar una imagen más patente de Júpiter tonante que la del pensador, el novelista o el poeta que ha tropezado con una mortal indócil a sus deseos? Las venganzas, directas o indirectas, conscientes o inconscientes, por medio de la pluma, o de la máquina de escribir en nuestros días, tienen una larga y gloriosa tradición que no se interrumpirá *tant que vivront les plumes et le livre.* Dicho esto, en un amor desgraciado los más desesperados son los cantos más bellos, como dijo el poeta. Pero el amor propio desgraciado no conoce inspiraciones tan afortunadas [1].

[1] "Yo no estaba enamorado en absoluto ni era presa

Si alguna vez nace un Montherlant con faldas, ¡qué terrible *Pitié pour les hommes* podrá escribir! Pero es preferible que la literatura femenina no se deshonre con semejante honor.

"¿Vas con las mujeres? No olvides el látigo." Así hablaba Zaratustra. Así pensaron muchos otros antes y después de él.

Oí el chasquido del látigo de Keyserling simbólicamente en su carta de despedida. Era demasiado para el complejo Penthesilea. Un silencio de muerte se estableció entre nosotros. Keyserling lo compara a un calderón, pero para mí fué el silencio de Bikini.

Temporalmente asqueada de la profesión de secretaria-dueña de casa, fundé SUR, un año después de este ajuste de cuentas. Vi en ello mejores posibilidades para estar en relaciones con los escritores y ser útil a la difusión de sus escritos.

El tiempo y otros proyectos y preocupaciones me habían serenado, respecto a Keyserling,

---

siquiera de una pasión ardiente..." (Cap. V. O., *Viaje a través del Tiempo*, Tomo II.)

cuando llegó su primera carta, esfuerzo para reconstruir los puentes cortados.

LAS "MEDITACIONES"

En 1932 aparecieron las *Meditaciones Sudamericanas,* trayéndome con sus páginas una nueva oleada de indignación. Se siente cierto placer en tocar fondo en ese sentimiento [1].

Yo no quería escribir más sobre Keyserling; sólo me complace analizar lo que puedo alabar. Y las *Meditaciones* no me parecían, en su conjunto, dignas de alabanzas. En esa obra de 350 páginas, a pesar de algunos aciertos, una gene-

[1] Recuérdese el pasaje de *Orlando* (Virginia Woolf) en que se cuenta lo que sucedió al joven lord, enamorado de las Letras, después de haber tenido de huésped en su castillo al escritor Nick Greene. Dicho escritor compuso una espiritualísima sátira. Nadie podía dudar que el joven lord puesto allí en solfa era Orlando. "Sus ocurrencias particulares... sus entusiasmos..." estaban allí de cuerpo entero. Orlando la leyó; tomó el documento con un par de pinzas y se lo entregó a un lacayo para que lo echara al fuego. Luego se compró dos lebreles, "pues —murmuró, volviendo a sus libros—

ralización frenética de conclusiones antojadizas repugnaba. Reconocía observaciones y opiniones que yo había confiado al filósofo, pero desfiguradas por no sé que fenómeno de inflación inaudita. Una elefantiasis interpretativa. Aquí y allá, como de costumbre, un relámpago de genio, partiendo de no sé qué Magma Máter y recayendo en ella.

Por lo que atañe a deformaciones daré unos cuantos ejemplos (son tantos que habría que recorrer el libro entero). En las páginas 36 y 37, Keyserling cita, sin mencionar al autor, según su sistema, uno de los *Poemas Solitarios* de Ricardo Güiraldes, que le leí en Versalles: "El contacto que los hombres del supersuelo piden a la palabra procede del silencio... Los rostros son impasibles... etc." Pero inmediatamente

---

he terminado con los hombres". La aventura de Orlando tiene similitudes con la mía. Pero mis ocurrencias particulares y mis entusiasmos habían sido deformados y amasados de un modo inverosímil. Yo tampoco podía tomar las *Meditaciones* sino con pinzas. ¡Qué lejos estaba este libro de lo que tanto me había conmovido en *Figuras Simbólicas*! El magnífico estudio sobre Schopenhauer, que se encuentra entre ellas, me volvía como contraste al espíritu.

no ve ya en ello sino reflejo reptiliano. Y la imagen de la anaconda real "que da un salto formidable para recaer un instante después en su modorra apática", generalizada a todo el continente, es sólo la *impresión desagradable* causada por la transformación de mi "entusiasmo espléndido" en admiración razonada y razonable después de Versalles.

Otro ejemplo: según Keyserling los argentinos atribuyen más importancia que los hombres de cualquier otro país a la potencia viril. Su vida está orientada hacia la satisfacción de los sentidos y la procreación. Algo de razón tiene. Pero pocas líneas más adelante agrega: "En las casas públicas de América del Sur no reina un libertinaje bullanguero *sino el silencio de la procreación concentrada.*" (El subrayado es mío.) No conozco por experiencia el ambiente de las casas públicas e ignoro en qué lugares, escogidos por su color local, los argentinos pertenecientes a la "ciencia oficial y a la política" condujeron al filósofo viajero; pero ese "sombre délire" de procreación en un lupanar criollo no deja de sorprenderme.

Otro ejemplo: la exuberancia de la vida sudamericana no está nunca bajo el signo de la alegría, dice Keyserling. Es muy cierto. Pero destruye la justeza de este aserto agregando: "He llamado la vida argentina una vida *a la sordina* (sic)." "Las calles están sumidas en la penumbra, los rostros son impasibles, se habla en voz baja, reír a carcajadas pasa por una falta de tacto. Se advierte en todo un extremo decoro exterior." Es difícil coincidir con esta visión de la Argentina después de haber asistido a un partido de foot-ball o a la exhibición de una película cómica. La censura a la risa que él creía advertir proviene quizá de una anécdota que le conté: una noche en París yo me reía tanto en un vaudeville que la sala empezó a reírse de mis carcajadas, y mi marido me reconvino porque hacía escándalo.

Analizando así las *Meditaciones* descubro el punto de partida de muchos errores, pero otros parecen creados enteramente por la fantasía desbocada del autor. Como las personas de gran memoria musical, demasiado perezosas para aprender a leer a primera vista la música, ana-

lizaba de oído los países. Y el oído, por fiel que sea, no llega siempre a reproducir en su integridad los contrapuntos complicados.

La lectura de las *Meditaciones* renovó mi sensación de alejamiento. Las primeras cartas de Keyserling fueron pues abiertas como si contuvieran ortigas.

KIERKEGAARD DEFINE EL MALENTENDIDO

Kierkegaard escribe, a propósito del malentendido: "El malentendido existe siempre que dos cosas heterogéneas se encuentran, por lo menos cuando se trata de cosas heterogéneas que tienen una relación, o de otra manera el malentendido no existe. Se puede decir pues que como base del malentendido hay un entendimiento, es decir la posibilidad de un entendimiento. Si hay imposibilidad a ese respecto el malentendido no existe. Por el contrario, con la posibilidad de entendimiento el malentendido puede existir, y desde el punto de vista dialéc-

tico es cómico y trágico a la vez." Es evidente que había habido entre nosotros malentendido y entendimiento a un tiempo. Y que lo trágico había prevalecido sobre lo cómico.

La nueva serie de cartas de Keyserling se refería a transacciones comerciales, a sus nuevos libros, a la publicación en SUR de ciertos capítulos. Nuestras disensiones no se mencionaban. Me escribía: "Cuanto más creador se es más se percibe tan sólo el mundo propio. Y desde que he dado nacimiento a lo que es una Revelación personal, sólo sé ver a través de ella. Las *Meditaciones* no representan desde luego mi última palabra, pero seguramente no me desdiré de ellas. . . Y más vale nacer a los cincuenta años que a la edad normal de todo el mundo." Habiendo leído en SUR mis páginas sobre D. H. Lawrence, me escribía: "Su artículo es de un supremo interés. No sé si la visión de usted es justa [se refiere a Lawrence], pero esto no tiene importancia alguna: de todos modos ha evocado en usted realizaciones personales que podrán tener una significación general."

Afirmaciones de esta índole me hacían es-

tremecer, pues ya me constaba entonces que verme con justeza o no carecía de toda importancia para Keyserling, y que si alguna vez utilizaba mi persona en sus escritos sería para una "realización personal", prescindiendo de la justicia o injusticia de la cosa.

Cuando la revolución española estalló las cartas se refirieron a la situación creada por los acontecimientos y a los amigos comunes. Eran más largas. Supongo, me decía, que usted debe estar haciendo esto o esto otro "porque en el fondo es buena". Tropecé con este "en el fondo" y casi me hizo perder el equilibrio recobrado. ¿Necesito acaso subrayar lo que implicaba? Contesté a las cartas de negocios y a las que se referían a terceras personas, con la circunspección de que son capaces los temperamentos fogosos cuando se lo proponen. Relaciones puramente formales, de frialdad a frialdad, se restablecieron.

DIEZ AÑOS MÁS TARDE

Finalmente, en enero de 1939, diez años después de nuestro primer encuentro, estando yo en París, la encantadora hermana de Keyserling, baronesa de Ungern-Sternberg, vino a visitarme para hablarme de su hermano. Yo no lo había vuelto a ver desde su estadía en Buenos Aires, y le había dado cita en el valle de Josafat, único lugar propicio para ajustar definitivamente nuestras cuentas, me parecía. Pero Hitler hizo sentir su presencia hasta en este asunto de orden estrictamente personal. Había privado a Keyserling de su pasaporte. La Escuela de la Sabiduría había tenido que cerrarse. Su fundador no estaba autorizado a dar conferencias en el extranjero ni en su país. La venta de sus obras quedó más o menos prohibida. Todo esto me fué expuesto por la baronesa de Ungern-Sternberg con gran elocuencia. Me pidió que olvidara la desavenencia que me distanciaba de su hermano y que lo fuese a visitar a Darmstadt, donde

estaba como preso en su casa. Tocó en fin todas las cuerdas sensibles. Insistió de nuevo en una carta: "Usted debería ir a verlo. Hágalo... como me ha mandado a mí esos bombones. Se siente aislado, la vida es dura para él. La sola posibilidad de llevar alegría e interés a la vida de un ser tan excepcional como es después de todo mi hermano debería significar algo para una mujer como usted."

Una mujer como yo (no sé a ciencia cierta lo que esto querría decir) no se deja fácilmente amansar. Y yo no habría visto razones valederas para presentarme en el número 4 de Prinz Christiansweg (Darmstadt) con una rama de olivo en la mano sin mi horror a Hitler. Pero después de mi conversación con la baronesa de Ungern-Sternberg ya no veía en Keyserling al filósofo para quien ciertas injusticias carecían de importancia; veía a la víctima del Führer. Mi resolución fué tomada inmediatamente. Telefoneé a Keyserling para avisarle que llegaría en automóvil. Pareció contento de mi decisión y me dijo que su mujer acababa de salir para Hamburgo, donde la familia Bismarck se había

dado cita para asistir a la botadura del superacorazado que llevaba el nombre del ilustre antepasado. Supe más tarde, cuando lo vi (en esa época nadie se atrevía en Alemania a comunicar por teléfono las cosas más inocentes), que la condesa iba a almorzar con Hitler y aprovecharía la ocasión para pedir que le devolvieran el pasaporte a su marido. Los dos chicos también estaban ausentes. A Keyserling, solo en Darmstadt y como en penitencia, se le hacían interminables las horas, el día que yo llegué, sintiendo que su libertad, ya que no su vida, pendía de un hilo; el hilo que tenían entre sus manos la nieta del Canciller de Hierro por una parte y el temible Canciller del Tercer Reich por otra.

DARMSTADT

Entré tarde, de noche, en Darmstadt. Keyserling quiso verme inmediatamente y en mi cuarto. Olvidando toda precaución oratoria gri-

taba a voz en cuello que el hall del hotel estaba lleno de espías. Aquella noche no nos referimos para nada a nuestra desavenencia. Sólo hablamos de Hitler y siempre de Hitler. Cuando digo hablamos es un eufemismo: él habló de Hitler, de diez de la noche a tres de la mañana. Yo lo escuchaba absorta por las monstruosidades que me contaba (a las cuales nos hemos acostumbrado luego a tal punto que las vemos y las padecemos a veces como la lluvia y el buen tiempo). Todo ello contado con un ingenio y una indignación tan relampagueantes que yo acababa por reírme de las cosas más siniestras. Y él también se reía conmigo, feliz de desahogarse. A veces le preguntaba: ¿Puedo repetir esto? Y él me contestaba: Sí, pero no vaya a decir que yo se lo dije. A lo que yo respondía: No lo repetiré, entonces, pues la ocurrencia lleva su firma.

Comentaba al Führer con grandes gritos y carcajadas estruendosas, furioso y divertido con el personaje: "¿No ha notado usted que se parece a los porteros de los hoteles de lujo? ¿Que su uniforme tiene siempre traza de librea?

Le mostraré sus fotos. Ridículas. Las recorto de las revistas y las colecciono." Me contó que le había mostrado la letra del Führer a un célebre grafólogo alemán sin decirle de quién se trataba. Al hablar golpeaba con dos dedos de la mano derecha la gran palma de su mano izquierda. El grafólogo le había anunciado el suicidio de Hitler. "El suicidio ha comenzado ya —me dijo—. Hitler ha asesinado a su mejor amigo; es una forma de suicidio. Se suicida ya en la persona de su amigo." Aludía al asesinato de Roehm. En el momento en que oía estas predicciones yo no las tomaba en serio; pero las recordé cuando los acontecimientos que son del dominio público les dieron razón, años después.

Keyserling me explicó cuándo y cómo había empezado la persecución de que era víctima (y eso que en los último tiempos no se lanzó nunca al ataque de las doctrinas nazis, que yo sepa). "Los niños [se refería a sus dos hijos, Manfred y Arnold] estaban en un colegio y nosotros de vacaciones en la montaña. Ya había oído decir que no me miraban con buenos ojos. Se

me ocurrió, de golpe, que con este motivo podían mortificar a los niños en alguna forma, y mandé a una persona de mi confianza a que los visitara y se enterase de cómo los trataban en el colegio. Mi enviado me comunicó que no había observado nada anormal y que los niños no se quejaban de nada. Pero cuando regresamos todos a casa yo mismo interrogué a Manfred y a Arnold. "¿Les han hablado de mí en forma desagradable?", les pregunté. "Nos han dicho que te ahorcarían, papá —me contestaron—. Pero nosotros no íbamos a estropearles las vacaciones repitiéndoles esas pamplinas." Usted ve; son muchachos extraordinarios. Arnold tiene una personalidad muy fuerte. Creo que pronto nos será difícil vivir bajo el mismo techo. En suma: el día en que los niños me contaron esta historieta tomé el teléfono y hablé con las cuatro o cinco personas más importantes de Darmstadt. Les dije: "Vuelvo de vacaciones. Estoy en plena forma. Nunca me he sentido mejor físicamente. Mido un metro 89 de altura. Si cuando nos paseamos, mi familia y yo, alguien se atreve a mirarnos de manera que

pueda disgustarme *subjetivamente,* le torceré el pescuezo con mi mano izquierda, porque es indigno de mi derecha." Hablaba con acaloramiento, pero con él era difícil distinguir dónde terminaba la realidad y dónde empezaba la fantasía.

Al día siguiente de mi llegada fuí a almorzar a casa de Keyserling. Pude comprobar que el triunfo del nacional-socialismo no le había cortado el apetito ni la sed. Su casa, precedida de un jardincito, era simpática y muy alemana. Él parecía demasiado grande para ella. La criada que nos sirvió el almuerzo sólo entendía alemán, de modo que pudimos hablar a nuestras anchas. Después del almuerzo me hizo subir a su escritorio por una escalera flanqueada por retratos de familia (y, si mal no recuerdo, uno mío también). La primera cosa que vi, al entrar, fué, colgado encima de su mesa de trabajo, un óleo representando a Orfeo con su lira, rodeado de fieras, incluso la serpiente, en primer plano. Me acerqué al lienzo y designándole el reptil le pregunté: "¿Es mi retrato?" Se puso a reír y me dijo: "Ésta no es una ana-

conda." Pasó entonces la conversación a un terreno de índole personal, por primera vez, y le hablé con toda franqueza, pero tratando de no herirlo en lo más mínimo. La atmósfera se aclaró después de la conversación. Por lo menos así lo creí. A la tarde fuimos a dar una vuelta en auto por los alrededores de la ciudad. Era un día radiante y frío. Yo no sabía que la luz, en invierno, en Alemania, podía ser tan cristalina. Nos cruzamos con grupos de la Hitler Jugend, que marchaban cantando por los caminos. "El culto de Mithra", me dijo Keyserling al verlos.

Quería que esperara en Darmstadt el regreso de su mujer y de los chicos. Pero yo consideraba que había cumplido mi misión: cerciorarme de si podía hacer algo. El clima del nazismo me repugnaba demasiado para que voluntariamente lo soportara más de lo indispensable.

LLUEVE SOBRE MOJADO

En mi viaje de vuelta, a algunos kilómetros de Sarrebruck, tuve un accidente de automóvil que casi me costó la vida. Estaba pues en cama, y bastante maltrecha, cuando llegó una carta larguísima de Keyserling, que ignoraba aún el accidente. Completó el efecto del golpe que había recibido casi en la carótida. Se decía muy conmovido por mi visita. Nada nos impediría en adelante ser amigos "en constelación perpetua, de hemisferio a hemisferio". Pero, sin embargo, quería advertirme que veía desde otro punto de vista las razones por las cuales el fervor espiritual que él, o su obra, me inspiraban, había sido (de acuerdo con mis términos) envenenados en Versalles. "La peor de las injusticias, un millón de veces peor, a mis ojos, que la injusticia que usted padeció por mi culpa, es idealizar a un ser humano como me idealizó; pues ningún hombre podría ser tal como usted me concebía y semejante idealiza-

ción se torna por eso, en la práctica, una denigración y una mancilla del hombre verdadero. Inconscientemente usted ha exigido que yo fuese como no podía ser, y todo lo ocurrido después es debido a un proceso psicológico por vía del cual —inconscientemente desde luego— usted me hizo pagar el hecho de mi realidad." [1]

¿Es idealizar a un hombre de gran inteligencia, desconocido personalmente, a un autor del que muchas páginas nos han deslumbrado, imaginar que puede reconocer, llegado el momento (como Shaw), que sus admiradoras no están obligadas a admirarle fuera del terreno de su genio creador? ¿Y que esta devoción no implica en modo alguno que sientan por él una pasión de otro orden?

[1] La actitud mental de Keyserling en este punto es ilógica y contradictoria. En el capítulo sobre Houston Chamberlain escribe: "No me gusta que me idealicen y así involuntariamente destruyo yo mismo el ídolo que otros adoran en mí..."; mientras que en el capítulo sobre V. O. declara: "Jamás perjudicó a ninguna persona de valor el idealizar o el ser idealizada... esto fué siempre, por lo contrario, un violento estímulo para la persona, aunque inevitablemente tuviera que pagarlo

Si el *coup de foudre* puede caer sobre las ingenuas que sienten por un autor cierto grado de *hero-worship* (en un grado más bajo y en jerga cinematográfica norteamericana se llama ser *fan* de una estrella; en las canchas de football argentinas: hincha), también puede perfectamente no caer.

Dicho esto, es cierto que yo esperaba —no exigía— que Keyserling fuese lo que no podía ser, dada su naturaleza. Yo no había asimilado de su pensamiento sino lo que podía servir a mi propio desarrollo, como ser muy distinto de él. El resto, lo que me era tan ajeno e involuntariamente nocivo como puede serlo, en las transfusiones de sangre, el tipo de sangre del sujeto X al sujeto Z, no lo comprendí hasta haberlo visto en Versalles. Es decir: no

---

luego con un desencanto brutal. Esta idealización respectiva es efectivamente, en nuestro pensamiento consciente, el corolario de la conciencia que empezamos a tener de nuestra unicidad y por consiguiente de lo que hay de eternamente humano en nosotros." Si mi idealización de su persona era, a los ojos de Keyserling, una denigración y una mancilla, no se comprende, entonces, por qué dice que la idealización no puede dañar a ningún ser de valor (como él).

comprendí la personalidad total de Keyserling sino después de nuestro choque.

Los libros no nos suelen entregar sino lo que en ellos buscamos. Una parte de Keyserling se me había revelado a través de la lectura. Pero Keyserling no era sólo esa parte. Sus libros no eran sólo esa parte. Eran un todo que encerraba muchas partes. Y yo no podía estar de acuerdo con todas ellas. Aprendí a leer mejor los libros, a través de la persona del autor. Es decir, aprendí a leerlos con discriminación y lucidez. Y únicamente en este sentido pudo acusarme Keyserling de haberlo idealizado antes de conocerlo.

"Usted separaba el espíritu del hombre, lo que es siempre un error", me escribía. Claro que es un error. Pero en cuanto la presencia del hombre me aclaró la obra, regulé mi conducta y mis opiniones sobre la obra y el hombre de acuerdo con la suma total. Pues en Keyserling resultaba imposible, en la práctica, separar el espíritu del hombre. El hombre ocupaba mucho espacio y no se dejaba ignorar.

Esto me trae a la memoria un diálogo que cuenta Mme. de Sévigné:

—Pues bien —dijo ella—; no soy de la opinión de San Pablo.

—Tenga usted cuidado, señora; es el Espíritu Santo el que habla por su boca.

—Así será. En ese caso no opino como el Espíritu Santo.

No estando de acuerdo con la opinión de Keyserling, me colocaba fuera de la ley. Era tan escandaloso como lo declarado por la dama de la anécdota. Me exponía, pues, a que me sucedieran cosas desagradables; por ejemplo, que me bajaran del pedestal donde me habían colocado cuando parecía ser de la misma opinión.

CUMPLIDO QUE OFENDE

Keyserling hablaba en su carta de la escisión esquizofrénica (no se quedaba corto) entre el ideal inventado y la realidad, que había falseado mi visión de su personalidad en Versalles: "Desde ese momento, usted ha visto a una luz falsa, y no realmente la relación del hombre

con la obra [yo creía, en cambio, haberlos integrado]. Usted me ha desconocido hasta el punto de hablar de mi *talento*... Este desconocimiento completo, de parte de una mujer tan inteligente como usted y que me había comprendido durante cierto tiempo [el tiempo de mi entusiasmo no discriminante, antes de conocerlo] es sólo explicable por la patología que he diagnosticado [el desdoblamiento medieval]." Mi desacuerdo con el Espíritu Santo me acarreaba ese diagnóstico. Ahora me hace sonreír, pero realmente era demasiado después de mi visita a Darmstadt y el accidente en Sarrebrück.

"Llego ahora a una injusticia que he cometido con usted —proseguía la carta—: a partir de nuestro encuentro sólo he visto en usted un ser exclusivamente gánico, que aspiraba al Espíritu como la Serpiente de Plumas. Pero ¿por qué he podido ver en usted una anaconda? Ello se debe a la escisión esquizofrénica que usted padecía y que *tuvo sus repercusiones en mí.*" Ejemplo magistral de la paja en el ojo ajeno.

El golpe recibido en la garganta hacía mi respiración penosa. La lectura de esta epístola

añadió a la sensación de ahogo físico la de ahogo moral. "La parte de su vida digna de interés (fuera de su contribución a las *Meditaciones*) empieza ahora. Usted alcanzará su apogeo a los sesenta, probablemente mucho más tarde. . . Esta carta no reclama contestación. No hay nada que discutir; es absolutamente indiferente que se tenga razón o no en todo. Sé que lo que le he escrito representa para mí la verdad última y si usted continúa siendo de opinión contraria, es cuestión suya. Pero me apresuro a añadir: si siente usted la necesidad de ello discuta conmigo; por amor de Dios no reprima usted nada. Me siento tan contento que estoy dispuesto a todos los sacrificios intelectuales [!] . . ." La recomendación era superflua. No estaba yo con ánimo de reprimir cosa alguna. Todo lo que tenía atragantado fué dicho y enviado sin demora. A partir de esa carta mía Keyserling renunció al proyecto de convencerme de mi escisión esquizofrénica y concretó su resolución en estos términos: "*Let's agree to differ* (pongámonos de acuerdo en no estar de acuerdo)." Parecía aceptar que la dama no opinara

como el Espíritu Santo. En cuanto a la dama (que ya no podía oír la palabra "telúrica" sin sacar el revólver), después de haber escrito al filósofo su verdad última, sintió gran alivio. Atribuía gran valor, a causa de su escasa imaginación sin duda, a la honradez intelectual. Le parecía que en ese respecto no es nunca indiferente tener o no razón.

Me he preguntado a menudo si mi "mala ventura" keyserliniana no es una manera de expiación por "la casi monstruosa y casi continua superabundancia de emoción religiosa gastada en todo objeto profano" (Charles du Bos) que es mi lote en esta vida.

¿IMPORTA O NO TENER RAZÓN?

Persisto en no admitir que sea indiferente tener o no razón en todo. Esta es quizá una verdad para tenderos, como diría Wilde; pero me atengo a ella. Por otra parte, comprendo muy bien (y esta es una de las actitudes espirituales

que me atraían en Keyserling) que un libro, una persona, un acontecimiento valen para nosotros en la medida en que nos enriquecen con nuestras propias riquezas, en que nos hacen vivir en nuestra cima, y que su valor intrínseco importa poco. En ese sentido, poco importa que el valor objetivo no corresponda al valor subjetivo. Lo que importa es el fenómeno de mayéutica. Yo lo había descubierto antes de haber leído a Keyserling. Pero encontré páginas profundas y bellas sobre ese tema en su obra. En ella se convierte en *leit-motiv*. La razón de ser de esta mayéutica sólo puede ser comprendida por quienes tuvieron el valor de ser ellos mismos y de vivir según su particular ley de vida, dice Keyserling. Su *dharma*, diría yo. "Quien no mantenga imperturbable su línea personal, dando así un peculiar sentido personal a todo cuanto le suceda, que de hecho puede suceder a cualquiera, a ése no le pasará nada importante, aunque fuese testigo de la creación del mundo y del ocaso de los dioses." (Cap. sobre V. O.) He ahí, a mi juicio, el lado genial de Keyserling.

Las cartas de él que recibí después de haberle mandado aquella mía en que me complacía en no reprimir nada no volvieron a mencionar el desdoblamiento medieval; eran interesantes y estaban llenas de ocurrencias. Las conservo. Empeñado en comunicarme noticias que la Censura no dejaría pasar y muy escéptico sobre la perspicacia teutónica, usaba subterfugios y metáforas que no habrían engañado a un latino en pañales.

LET'S AGREE TO DIFFER

Después de haber recibido mi carta-rugido (era la única manera de no reprimir), y enterado del accidente de automóvil, me escribía con desusada y angelical mansedumbre: "Siento que mi carta psicológica la haya encontrado en tan mal estado. Si la ha herido por cualquier motivo, perdóneme, se lo ruego. Sé que una nueva relación entre nosotros no podrá establecerse sino a base de un conocimiento y de una aceptación completos de los puntos de vista y sentimientos mutuos. No hace falta que estemos de acuerdo.

Que para siempre nuestro lema sea: *Let's agree to differ.* Nuestras reacciones y nuestras necesidades íntimas son completamente distintas. Pero ¿por qué no ser amigos de cuerpo celeste a cuerpo celeste a través del espacio vacío?... Cada sol tiene su sistema planetario. Usted no pertenece desde luego al mío y sé que debo combatir mi inclinación natural a atraer a todos y todo a mi órbita para poder conservar y cultivar relaciones amistosas con un ser tal como usted. En el fondo, sobre el plano telúrico, nuestro encuentro se asemeja mucho al de una boa y un tigre. Felizmente, ninguno de los dos ha conseguido vencer al otro.

"Usted sabe que el término griego παράδεισος (paraíso) quiere decir jardín zoológico. En el marco de un paraíso simbólico semejante, administrado quizá por un Orfeo discretamente invisible, concibo yo las futuras relaciones entre usted y yo.

"Ha hecho bien en escribirme esa larga carta. Me ha ayudado mucho a poner las cosas en su punto. Si hay amistad entre la boa y el tigre, cuyos instintos no pueden concordar, es preciso

que los dos vean claro..." Y agregaba este P. S.: "Les hago poner marco a sus tres retratos juntos y los colgaré en mi escritorio debajo del lienzo que representa a Orfeo enterneciendo con su arpa a los animales, entre otros la serpiente y el tigre."

Keyserling esperaba, sin duda, enternecer con los acentos de esta lira simbólica las fotos y por su intermedio a quien representaban.

"He reflexionado de nuevo —me escribía en marzo de 1939— sobre su reflexión de que también yo pertenezco al Tercer Día de la Creación; es decir, he reflexionado en la razón de ser de su observación. En realidad, pese a una incompatibilidad fundamental entre nuestros dos modos de vida, hay un parentesco. Es la misma vitalidad frenética debida a un enraizamiento de la vida elemental mucho más profundo que el de la mayoría, y la misma tensión entre esa vida y la aspiración espiritual. Pero en cuanto al resto no hay la menor afinidad. ¡Qué importa!"

Y como yo le escribiera que no comprendía por qué se identificaba con un animal que se

le parecía tan poco: el tigre, cuando evidentemente pertenecía a los animales nórdicos, me contestó una larga carta que sólo pude descifrar a medias: "Soy presa de nuevo de una inmensa nostalgia de lo vasto, de lo infinito, del *all-encompassing* [que todo lo abarca] del alma rusa, de la cual tengo más que de ninguna otra alma colectiva. Y comprendo claramente en qué su vitalidad de usted y su violencia son incompatibles con las mías. Toda nuestra tradición europea, griega, eslava, germánica, caucásica sobre todo, concibe la vitalidad bajo la faz dionisíaca... Usted, por el contrario, tan vital y más violenta que yo [?], usted no tiene nada de dionisíaca... Usted detesta el vino... el clamor, el éxtasis. Los dos tipos de vitalidad concuerdan con... [aquí unas palabras ininteligibles] sangre fría o sangre caliente. Usted no entiende estas metáforas... [nueva serie de palabras ininteligibles]. Por consiguiente, si yo me *veo Tigre* —y a tal punto que me reconozco en todo tigre— es infinitamente más cierto que... [palabras ininteligibles] coagulado en la materialidad, no puede usted percibir desde

el exterior, cree que soy un animal nórdico..., etc. Pero no es ese aspecto superficial el que cuenta. Y lo mismo puede decirse, *mutatis mutandis*, de la visión que tengo de usted. Forzosamente tengo que resignarme al hecho de que allí donde yo empiezo a ver algo serio, usted comienza a reír; y que allí donde el europeo ve el esbozo de una Revelación del espíritu, aparece en la americana la *macana*, que corta en seco todo profundizar. Su Continente es el Continente antimetafísico por excelencia. Por eso precisamente significa tanto para mí. Usted pertenece al mundo de mis antípodas. Pienso sobre todo en eso *visualizándola* a usted en compañía de Gabriela Mistral. Sea como fuere su alma (ignoro su obra, y si la conociera me diría probablemente poco), como tipo Gabriela Mistral es esencialmente india serrana, de alma de bronce. Una criatura magnífica... [serie de palabras ininteligibles]. El éxtasis griego era la salida de sí en la embriaguez, el deseo de comulgar con el mundo entero en el arrebato... Mientras que el indio lo acepta todo, salvo salir de la máscara de su carne impasible."

Para la Navidad de 1939 me escribía de Schönhausen: "Le envío esta carta pensando en el *tournant* fatídico que será sin duda la próxima cena de Navidad... He terminado otro capítulo de mis *Memorias* en que hablo de las varias mujeres, todas diferentes unas de otras, que han contribuído a formarme (tranquilícese: no la incluyo en el lote). ¿Le interesaría para SUR?

"Estoy seguro de que los resultados de esta guerra, que bajo ciertos aspectos no es guerra, serán más profundos que los de la guerra mundial... El antiguo Régimen desaparecerá seguramente, fueren cuales fueren los resultados de los combates. Pero es imposible prever los contenidos concretos del Nuevo Orden.

"Un saludo *De Profundis.*"

Las comunicaciones se volvían cada vez más difíciles para él. Empezaron a espaciarse las cartas y pronto cesaron. A propósito del conflicto mundial decía: "...uno sólo puede ponerse a favor (dentro de ciertos límites razonables) de lo que en su esencia resulta menos destructivo (sea lo que sea en el presente mo-

mento) por oposición a lo que resulta más destructivo. Y ahora la Rusia Soviética se ha puesto definitivamente del lado de lo destructivo".

En una de sus últimas cartas (marzo de 1940), que pudo enviarme porque una amiga la echó al correo fuera de Alemania, decía: "No puedo ni prever cuándo podré volver a publicar algo. Quizá nunca más, mientras viva. Pero es necesario que haya conocido todas las elevaciones y todas las caídas a fin de adquirir toda la experiencia cuya acumulación se me antoja es la única, *verdaderamente la única* excusa para nuestro destierro en el más inmundo de los planetas — *pese al clima de Mar del Plata.*" La última frase estaba escrita en español y se refería a una carta mía en que le ponderaba el clima incomparable de nuestro balneario, no sintiéndome con ánimo de ponderarle otra cosa de un país que, a mi modo de ver, iba barranca abajo.

En ese mismo Mar del Plata, que conserva su clima vivificante de siempre pese a que también forma parte del más inmundo de los

planetas, saco de sobres abiertos y marcados por la censura estos recuerdos ajados por el tiempo. Los plancho uno a uno, pues escribir memorias es adoptar el oficio de planchadora. Las de Keyserling están llenas del almidón de su delirio interpretativo. Diversos elementos pueden hacer las veces de almidón en este género de trabajo. El almidón es indispensable para las camisas de hombre (las de pechera almidonada, que empiezan a no usarse). Pero yo no plancho ropa de hombre sino pañuelos de mujer, que están reñidos con el almidón. Ni plancha necesitan. Los hago secar pegados a un espejo.

He vivido toda mi vida asomada a los libros. Asomada a esas ventanas mágicas:

...magic casements, opening on the foam
Of perilous seas, in faery lands forlorn...[1]

No lo lamento, a pesar de las decepciones que ha solido propinarme el "culto a los autores".

[1] "...mágicas ventanas, abiertas a la espuma / de mares peligrosos en perdidos países de hadas..."

KEATS: *Oda a un ruiseñor.*

También conocí, a través de él, grandes gozos. Debo uno de ellos a la lectura de Keyserling, y no lo renegaré. Tampoco renegaré de mi encuentro (o choque) con él. Fué una enseñanza y no siento ya el haber pasado por ella.

DRIEU Y KEYSERLING

Drieu, que había peleado y sido herido en Charleroi, escribía: *"Je ne renierai pas Charleroi."* En ese sentido lo digo. No sólo las luchas en los campos de batalla nos dan severas lecciones. Las aventuras del espíritu, o más bien dicho, los aventureros del espíritu se exponen a peligros equivalentes. Corren graves riesgos para sus almas, y a través de sus almas para sus cuerpos; los conflictos del alma repercuten siempre en la antena de carne: el cuerpo. Nietzsche es el caso más patente de lo que afirmo. Enloqueció, como otros mueren en el campo de batalla: para no retroceder ni un palmo, para llegar al fondo de sí mismo. Un T. E.

Lawrence habría podido morir loco, por los mismos motivos.

I go te prove my soul!
I see my way as birds their trackless way.
I shall arrive! What time, what circuit first,
I ask not . . . [1]

Cuando llegué a Europa, después de la guerra (mayo de 1946), supe la muerte de Keyserling. Yo llevaba la intención de visitarlo, si era posible, imaginando los malos ratos que habría pasado. Por Drieu me había enterado de que a su hijo mayor, Manfred, gravemente herido en la campaña de Rusia, le cortaron una pierna. Hacía justo un año que el mismo Drieu, antes de suicidarse, me escribía: "La última carta que recibo es de Keyserling. Ha sentido la utilidad de poner ante mis ojos, en el último momento, algo inteligente."

Conocí a esos dos hombres, tan diferentes,

[1] "¡Voy a poner mi alma a prueba! / Veo mi camino como los pájaros su camino sin huellas. / ¡Llegaré! En qué momento, a qué circuito primero, / no lo pregunto. . ."

BROWNING: *Paracelso.*

el mismo invierno, en la misma ciudad. En esa época, Drieu hacía chistes sobre Keyserling por broma, y por broma me decía, hablando de él: "Su Profeta." Como lo vió bien Mauriac, con su gran sentido de justicia, ese hombre, cínico en sus palabras y que jugaba a la indolencia, era un espíritu inflexible bajo esa máscara. El adjetivo no me satisface. Yo diría, a falta de algo más preciso, implacable. Extrañamente implacable con sus amigos y consigo mismo. Creo que sólo era indulgente, muy indulgente, con sus enemigos.

Petit Jean, en un artículo reciente, señala que la punta de las imprecaciones de Drieu se le volvía siempre contra sí mismo; pero yo digo que no se le volvía, que él la volvía indefectiblemente contra sí mismo. Sus más terribles imprecaciones, ¿no apuntaban acaso al centro de su corazón? ¿A Francia? Y debo declarar que lo que contribuyó a la simpatía que me inspiró Drieu, cuando lo conocí, fué el contraste que su actitud mental presentaba con la de Keyserling. Era refrescante, después de las sesiones de Versalles, oírle denigrarse a sí mis-

mo y pinchar todos los globos, incluso aquel cuya barquilla ocupaba.

Keyserling consideraba a Drieu uno de los franceses más inteligentes y más abiertos de su generación. A un año casi de distancia entraban ambos en la misteriosa región de las metempsicosis. Drieu, "como un ciervo extenuado, perseguido por la jauría"; Keyserling, debilitado por las privaciones (según sus hijos). Uno, el cínico, el imprecador, dejaba una carta de amarga ternura para mí, escrita en el momento de su suicidio; otro, el imaginativo, el Creador de Sentido y el enemigo de los "hechos", un capítulo de sus Memorias, para millares de lectores; un capítulo en que me convertía en mito, en símbolo moldeado por su mano de gigante ebrio de delirio interpretativo; un capítulo en que la verdad de mi persona, como ser humano, no era respetada y en que cuenta, más o menos, como el ladrillo para el albañil que con su llana le aplica la argamasa, sin pedirle permiso. Pero es el caso que este ladrillo, como el junco de Pascal, es un ladrillo pensante.

V. O. UTILIZADA COMO SÍMBOLO

La condesa de Keyserling, consagrada por entero a la memoria de su marido y a la publicación de sus obras póstumas, contestaba a una carta en que yo le hacía notar que Keyserling falseaba ciertos hechos en el capítulo sobre V. O.: "Comprendo la impresión que debe producir el leer algo en que se le trata a uno como un mito. Supongo que se necesitaría un desasimiento sobrehumano para soportar el verse utilizada como un símbolo, como un mito, y no como un simple ser humano. Me parece que usted no ha entrado completamente en el espíritu en que el libro y especialmente ese capítulo han sido escritos, si insiste usted en los hechos. Pero, desde luego, comprendo muy bien que ha de resultar azorante leer el propio nombre y estar en la vida y en la mitología a un tiempo... Puedo asegurarle que todos los que han leído aquí el capítulo y *no saben nada de usted* piensan que es uno de los mejores." Ahí

ha puesto el dedo en la llaga. Eso sólo puede pensarse prescindiendo totalmente de mí. La condesa de Keyserling, con quien nunca me he encontrado, es una mujer inteligente y ducha en el arte de la diplomacia. Sabe defender la causa de su marido y la defiende muy noblemente. Me inspira gran simpatía y lamento no poder estar de acuerdo con ella en este particular. Los hechos en los que insisto son importantes y si se los subestima el sentido queda falseado.

Desde luego importa poco que el hotelucho del puerto en que se alojaba Tagore (al decir de Keyserling en el capítulo V. O.) fuera en realidad el Plaza Hotel; y que mi casa de Palermo Chico (puesta a su entera disposición mientras ignoré su carácter volcánico) no fuera construída *especialmente* para él, como asegura; y que Fanny y José [1] no me sacaran de apuros, a pesar de su buena voluntad, etc. Si a Keyserling le divertía ver un hotelucho en un lujoso Palace, etc., era cuestión suya. Pero que me cata-

[1] Antiguos servidores, de una raza ya extinta, que con el andar del tiempo fueron convirtiéndose en amigos y miembros de la familia.

logue como el prototipo del ser *gánico* por el simple hecho de que yo encontraba *mi ser terreno incompatible con el suyo*, y que diagnosticase en mí un *desdoblamiento medieval*, un caso de escisión esquizofrénica, porque no lo aceptaba y admiraba totalitariamente, es llevar la "fantasía poética" demasiado lejos.

EN MATERIA DE AMOR...

En materia de amor con mayúscula, me refiero a la gran pasión amorosa, sentimiento raro si los hay:

I have said that the soul is not more than the body
And I have said that the body is not more than the soul... [1]

Imposible separar uno de otro. Desde luego hay una serie de gamas en amor que van desde la atracción puramente (o casi puramente) fí-

[1] "He dicho que el alma no es más que el cuerpo / y he dicho que el cuerpo no es más que el alma..." WHITMAN: *Leaves of Grass.*

sica en que *el cuerpo es más que el alma*[1], a una atracción espiritual (especie de fervor religioso), que ejercía un Gandhi, por ejemplo, y en que el alma sola parece existir (llámesele sublimación o lo que se quiera). También hay, pero esto no puede calificarse de amor, la atracción animal del sexo anónimo, no de un ser encarnado, no de un cuerpo particular por otro cuerpo particular. En este caso, el compañero no existe de manera diferenciada, es un objeto: un objeto de lujuria. Esto equivale al vicio solitario.

Cuando se es presa de un entusiasmo intelectual, de una devoción espiritual por tal o cual pensador, escritor, sabio o héroe, no hay razón para que esto acabe fatalmente en pasión amorosa. Pero es cierto que la mayoría de los pensadores, escritores, héroes, y hasta de los sabios, confiésenlo o no, ponen a menudo su amor propio (generalmente no se trata de amor) en

[1] Es un género de atracción al que puede aplicarse la definición de Shaw: "La relación sexual no es una relación personal. Puede ser irresistiblemente deseada y embelesadamente consumada entre personas que no podrían soportarse mutuamente en ninguna otra relación."

conquistar en ese terreno. Aunque sólo fuese para probarse a sí mismos su poder y satisfacer un instinto de dominación muy natural, pero en modo alguno digno de respeto. Ha de ser agradable sentirse adorado como pensador, escritor, héroe o sabio; ha de ser más halagüeño sentirse deseado como hombre. Los pensadores, escritores, héroes y genios detestan, por lo común, que una mujer los asimile a los santos del calendario. No admiten que una mujer normal pueda hacerlo sin acusar por ello cierto desequilibrio y atribuyen tan insólito fenómeno a un estado patológico cualquiera, que se complacen en diagnosticar. Ciegos y sordos a toda realidad que ellos mismos no dicten como creadores, ven entonces en esa criatura imperfecta e indócil: "la encarnación del divorcio más neto entre la Naturaleza y el Espíritu".

ENSIMISMAMIENTO

Si hubiera tenido aun alguna duda sobre esta cuestión, el capítulo V. O. del *Viaje a través del Tiempo* habría acabado de convencerme hasta qué punto Keyserling me escuchaba y me comprendía poco. No se escuchaba más que a sí mismo. Me escuchaba tan poco (por su estado de ensimismamiento) que no comprendió, por ejemplo, lo que le dije sobre Cristo, en Versalles, y que cita a tuertas en sus Memorias: "Ella [yo] pretendía que la grandeza de Cristo residía en el hecho de que no había tratado de transformar al hombre, sino que se había apiadado de él tal como era, lo había consolado y perdonado. Tal era la significación de todo amor cristiano." Pues bien, no. No era eso lo que yo pretendía. Creo que Cristo se apiadó del hombre tal como era; pero también pienso que quiso transformarlo. Y a este respecto basta leer algunas páginas de mis ensayos para comprobarlo. Lo que yo había inten-

tado decir a Keyserling era un comentario al siguiente pasaje del *De Profundis*, que le cité en la conversación a que alude: "Cristo no tenía paciencia con el torpe, inerte, mecánico sistema que trata a las gentes como si fueran cosas, y por tanto trata a todo el mundo lo mismo; para él no había leyes; sólo había excepciones." Le repetí entonces que jamás debíamos olvidar ni echar al canasto esta verdad esencial, clave de nuestras relaciones con el prójimo [1], pero probablemente tenía el espíritu en otra cosa, o perseguía su línea de pensamiento y su interpretación de mi persona y mi problema, sin tener en cuenta mi persona ni mi problema verdaderos, a tal punto que oyó a medias y mal lo que le decía. Oyó sólo lo que pensaba que iba a decir. Todos solemos hacerlo en mayor o menor escala, inconscientemente. Él lo hacía con frenesí.

Keyserling tenía todo el derecho de pensar

[1] Keyserling sabía, y ha dicho admirablemente por otra parte, que Cristo no pedía al hombre el amor a la Humanidad, abstracción en que caen las religiones de la Razón, sino al prójimo, cosa bien concreta y a menudo difícil.

sobre el universo y sobre ese grano de arena, parte del universo, V. O., lo que le daba la gana; de acuerdo. Como la cuestión justicia no se planteaba para él, no podía molestarlo, pues eso es lo que deja entender cuando en su capítulo sobre V. O. se pone del lado de Wagner. Este músico, dice Keyserling, tropezando en el texto de un *lied* de Brahms con la palabra "justicia", murmuró: "Nunca hubiera podido encontrar sonidos capaces de expresar esa palabra: no es posible ponerla en música."

PUNA, LLAMA Y MUJER TELÚRICA

Así el capítulo V. O. (es decir, el capítulo mostrando a Keyserling bajo los efectos de la puna, o estudiando las costumbres de los marsupiales en el continente del Tercer Día de la Creación) figura en el *Viaje a través del Tiempo* para servir las necesidades de una tesis. Una tesis que tiene como punto de partida algo en el estilo de la frase que se le ocurrió a Keyser-

ling mucho antes de conocer América del Sur: "Lo más interesante en Sudamérica es la puna."

Preparado de antemano para sufrir los efectos de ese mal, aunque sólo fuera bajo el imperio de una autosugestión reforzada, los soportó. Su impresión es entonces "análoga a las que debieron sentir los reptiles cuando las influencias telúricas los pusieron en la alternativa de transformarse en mamíferos o de perecer". *(Meditaciones.)* La puna debió de pegarle una buena sacudida. Pero ¿acaso no había decidido de antemano el ser sacudido? Pasemos de su idea de la puna a su idea de la llama. "No fué el hombre quien domesticó a la llama como el hombre domesticó al perro, sino la llama quien amaestró al Hombre... Sobre esas mesetas, en el comienzo fué la llama y no el hombre... La llama es todo, puede todo y no exige nada. No reclama ni forraje, ni otros cuidados; en cambio procura el vestido y sirve para el transporte." *(Meditaciones.)*

Como digno acompañamiento de la puna y de la llama, como digno producto del continente del Tercer Día de la Creación, la mujer cien

por ciento telúrica no podía faltar en el elenco. Esta mujer debía ser un elemento intermedio entre la puna y la llama ("la llama es todo, puede todo y no exige nada"). Las circunstancias quisieron que Keyserling me englobara en su visión de Sudamérica en compañía de la puna y de la llama. Pero la verdad es que si no lo decepcioné como puna lo decepcioné bastante como llama. Es sabido que estos animales se niegan a caminar si se les carga con más peso del que pueden llevar. Era mi único parecido con ellos, pobre de mí. Y así me hice acreedora de castigo por desdoblamiento andino.

UNA EXPLICACIÓN DEL CAPÍTULO V. O.

Después de una lectura atenta del primer volumen del *Viaje a través del Tiempo* (sólo conozco del segundo el capítulo que me concierne), llegué a la conclusión de que la verdadera explicación del capítulo V. O. se encontraba en el último capítulo de ese tomo, titu-

lado: *Madres*, mucho más que en V. O. misma.

Keyserling cuenta allí el conflicto con su madre que relaciona con el conflicto Orestes-Clitemnestra y con el conflicto Hamlet[1].

Después de la muerte de su marido, que ella adoraba y que la había mimado con exceso, Johanna Pilar von Pilchau, madre de Keyserling, pasó bruscamente del estado de viuda inconsolable al de mujer enamorada, y luego al de esposa legítima del institutor ruso de sus hijos. Hermann, que tenía quince años, lloró de dolor y de rabia la noche en que supo que su padre iba a ser reemplazado, y reemplazado por un hombre de un "nivel bajo", un "niñero". "Mi madre, como toda mujer avasallada por un sentimiento, se entregó simplemente en esta época a su *gana*." Es evidente que para Johanna, como para muchas mujeres que han sido felices en su hogar, la soledad resultó un peso insopor-

[1] "Hoy sé que la relación entre madre e hijo es de tal modo profunda que toda situación Orestes-Clitemnestra, o siquiera análoga a la de Hamlet, no sólo crea una culpa que luego llama a la acción a las Erinnias, sino que constela y evoca lo malo real en la madre y el hijo." *(Viaje a través del Tiempo.)*

table. Es evidente también, por lo que se lee entre líneas, que estaba perdidamente enamorada del profesor de sus hijos, por plebeyo que fuera. Se le importaron un bledo los prejuicios de familia y se lanzó con alegría a este *mésalliance.* Pero al joven y violento Hermann, cuya *gana* soplaba en otro sentido, esta actitud resultó monstruosa [1]. A tal punto que Georg Groddeck aseguró más tarde que el complejo de inferioridad que atormentaba a Keyserling "se fundaba en no haber pegado un tiro al día siguiente... al sucesor que había usurpado el lugar de mi padre, como entre muchas otras cosas estuve planeando aquella primera noche espantosa" [2]. *(Viaje a través del Tiempo.)*

La situación debió de ser verdaderamente dolorosa para un niño de quince años, desde el

[1] "Nunca quedé completamente redimido de esta situación anímica." *(Viaje a través del Tiempo.)*

[2] De su padre, Keyserling decía: "Mi padre era tan suave en sus maneras que jamás había tenido un duelo, en una época en que eso constituía casi una proeza. Y, sin embargo, teniendo yo apenas trece años, me dijo: 'Si alguna vez un maestro se atreve a ponerte la mano encima, lo matas de un tiro; las consecuencias son siempre indiferentes'." *(Viaje a través del Tiempo.)*

punto de vista afectivo y desde el punto de vista de las ideas tradicionales en que había sido educado. Nunca se curó de este traumatismo. "Como mi madre era una renegada, si alguna vez las hubo, para tranquilidad de su conciencia invirtió los papeles, pretendiendo que el renegado era yo." *(Viaje a través del Tiempo.)* Entonces el joven Hermann se vuelve duro y hasta perverso con ella. Y como consecuencia de este estado de cosas, de ese conflicto sin solución aparente (esta declaración me parece muy importante), "instintivamente sentía como materno todo lo perteneciente a la tierra y merecía de antemano mi desconfianza... Por el hecho de sentir yo como materno todo el mundo telúrico, lo que en mi madre experimentaba se transmitía para mí a éste." La imagen de su madre y el telurismo se mezclaron, pues, en él indisolublemente. Johanna-Rhea-Cibeles eran tres personas y un solo monstruo verdadero. ¿Qué ocurrió entonces? "Mi mundo interior-espiritual y el mundo en que puertas afuera tenía que luchar por mi existencia se iban apartando cada vez más, consolidándose cada

vez más en planos distintos, inconciliables entre sí; como espíritu y alma me volvía cada vez más etéreo y extraño al mundo, mientras, por el contrario, como hombre práctico, en rudo contraste con ello, me volvía positivista, hasta la linde del *terre à terre*." Creo que este desdoblamiento (y como desdoblamiento se lleva la palma) tampoco cesó jamás. Quienes tuvieron que tratar con Keyserling en el plano de los negocios saben cuán poco etéreo se volvía en cuanto los tocaba. Tenía perfecto derecho a defender sus intereses y no seré yo quien lo censure.

Pero he aquí dónde y cómo el capítulo V. O. empieza a iluminarse con una luz nueva: "...cuando en la Argentina tomé repentinamente contacto completo con la tierra, sentí nuevamente con respecto a mi madre algo estremecedor, o mejor dicho, mucho más espantoso todavía. Allí, como puede verse en las *Meditaciones*, adquirí perfecta conciencia de lo demoníaco del Averno, que desde entonces acepté también como algo que me pertenecía... Estando ya en eso, en repugnante combinación

y deformación volvía a aparecer siempre lo puramente diabólico en forma de imágenes de la propia madre. Y esto no sólo ocurría en sueños que siempre volvían a repetirse, sino que también en estado de vigilia me asustaban imágenes internas análogas. No es de extrañar que la imagen prístina de la madre en su aspecto de Magna Máter, de Kali, me sea más familiar y más plausible que la de la Madre de Dios." Dejemos ahora el libro póstumo y volvamos a tomar las *Meditaciones*. En ellas encontraremos ese sentimiento proyectado a todo un continente: "Involuntariamente el hombre contempla allí [en América del Sur] cara a cara la Magna Máter."

Aquí las cosas se complican, pues si bien es cierto que la Sibila y la Musa no pueden pertenecer al tipo de la mujer brutalmente terrena, tienen, sin embargo, que ser "terrenas de pies a cabeza". Y toda creación sobre la tierra tiene su origen en la tierra. Callejón sin salida para Keyserling. Todo lo que es tierra evoca en él lo demoníaco, a través de su complejo de Orestes-Clitemnestra. Sin embargo, como Anteo,

Keyserling siente que no puede prescindir de la tierra para recibir de ella su fuerza y su inspiración. Callejón sin salida, puesto que el desacuerdo fundamental con su madre "halló en él su exacta correspondencia en el desacuerdo entre naturaleza y espíritu". Desacuerdo que proyectó en mi persona.

Para él, su madre había caído a un nivel inferior desde el momento que se había casado con un hombre que encarnaba un nivel inferior. En su edad madura, el mismo fenómeno iba a repetirse: yo bajaría de grado y pasaría de ser "eminentemente espiritual" a ser "eminentemente gánico", por el hecho de no doblegarme a las exigencias de su "fantasía poética".

Sin embargo, estas dos experiencias, Madre-Sudamérica (Sudamérica = V. O.), una en su adolescencia, otra en su edad madura, fueron, según confesión propia, las más ricas de su vida [1].

[1] "Así, seguramente, mis más hondas visiones de la concatenación del mundo tengo que agradecérselas a mi vivencia materna, que con su constante presencia me guardó de fosilizarme o aletargarme... Es lo que puede decirse del modo más notorio de las *Meditaciones*

La trinidad Johanna-Rhea-Cibeles se transformó con la inclusión de mi nombre en el cuarteto Johanna-Rhea-Cibeles-Victoria. Cuarteto de divinidades demoníacas, puesto que veía a su madre bajo los rasgos de un demonio [1], del mismo modo que me vió a mí más tarde bajo las formas de una serpiente o de una india que le lanzaba flechas emponzoñadas.

Por confesión propia, Keyserling se sintió siempre obsesionado por los demonios. Desde su más tierna infancia, antes de la muerte de su padre, al caer la noche se sentía asaltado por los ángeles rebeldes, a tal punto que no podía dormir sin luz. Hacia los cincuenta años los representantes del infierno se tornan cada día más imperiosos y Keyserling tiene que gastar cada día más energía para tenerlos a raya (página 379 del *Viaje a través del Tiempo*). Por consiguiente, cuando en el capítulo V. O. declara: "Así la sensación de haber sido traicionado me hizo transfigurar a Victoria Ocampo

---

con respecto a mis libros." *(Viaje a través del Tiempo.)*

[1] "Mi madre se me presentaba una y otra vez como demonio." *(Viaje a través del Tiempo.)*

en diablesa o india que a mansalva me disparaba flechas envenenadas", conviene aclarar que esa "sensación" la provocaban los mismos demonios que obsesionaban a Keyserling desde su infancia y no la diablesa india, puna-llama, que vivía en Palermo Chico y que "cumplió fielmente sus promesas desde el punto de vista material" (Capítulo V. O.). No habiendo hecho otras promesas, me resulta difícil aceptar que se me acuse de traición.

Creo que sólo una persona era capaz de representar el papel tan necesario de Orfeo en la vida tumultuosa del conde de Keyserling: su mujer. Me quito el sombrero ante ella, pues se necesita heroísmo para vivir junto al cráter de un volcán. Que los arrebatos del conde balto proviniesen de la tensión, en su sangre, de los señores de Raykül y de Johanna-Rhea-Cibeles (cosas de cromosomas) o de una educación que en vez de "mettre un frein a la fureur des flots" los había espoleado (¿acaso su padre no le aconsejaba pegarle un tiro a su profesor si le ponía la mano encima?), poco importa. El volcán que llevaba dentro necesitaba erupciones perió-

dicas. Muy cándidamente Keyserling asegura que su mayor suerte consistía en que esas erupciones pudieran tener lugar hacia afuera: "Mi organismo difícilmente habría resistido la descarga hacia adentro." Pero... ¿y el organismo de los demás? ¿El organismo de los habitantes de las Pompeyas y Herculanos simbólicas, y del muy concreto y contemporáneo Hôtel des Réservoirs, donde se comía un tan excelente puré de papas?

LA VERDAD SOBRE LOS MUERTOS

Otra cuestión: ¿es decoroso o no hablar de un muerto como si estuviera vivo, es decir evocando historias de puré de papas? Oigamos de nuevo la voz de Keyserling sobre este tema: "Atacar a los vivos puede ser una pura bajeza, y lo es casi siempre cuando se hace con ánimo de dañar. A los muertos no puede dañárseles en absoluto; respecto a ellos, lo único que cabe es la veracidad, pues sólo la verdad sobre los

muertos puede servir de ayuda a los vivos." *(Viaje a través del Tiempo.)*

Por lo demás, lo que antecede no es un ataque sino una aclaración necesaria. Vivo o muerto, Keyserling no podría hacer que la modificara. Nunca he compartido tampoco la superstición singular que nos hace pensar en un muerto atribuyéndole las virtudes y cualidades que no tuvo en vida. Se quiere a quien se quiere a pesar de sus defectos y de sus vicios (con tal de que sea el tipo de vicios y defectos que no nos son particularmente intolerables). Y al evocar a los muertos se les evoca íntegros, como viven en nosotros, sin mentiras convencionales, sin transformarlos en espíritus celestes que nunca fueron.

Dejemos de lado ahora estas disidencias, esos desacuerdos arrebatados, que por ser el choque de dos naturalezas violentas se coronaron con un gran penacho de chispas y de humo. Lo que en Keyserling me había impresionado al comienzo y que emana de su obra continúa atrayéndome, después de haber atravesado años de repugnancia en que no podía abrir uno de sus libros sin sentir el estómago revuelto. La

última crisis de náuseas parece haber tenido lugar después de la lectura del capítulo V. O. La eliminación tóxica terminó al escribir estas páginas. Actualmente separo *ce qu'il y a à prendre et à laisser* en la obra de Keyserling desde mi punto de vista. Su idea directriz, que sacó de Goethe: la fecundidad de lo insuficiente, me parece siempre maravillosa.

La religión cristiana enseña al pecador que su pecado, por grave que sea ese pecado que lo proscribe de la sociedad, podrá ser redimido por el Redentor si el pecador tiene conciencia de su culpa. *Mutatis mutandis*, para Keyserling la insuficiencia puede no ser signo negativo y se transforma en la mejor ocasión, en el más potente aguijón para superarse. Se sabe hasta qué punto el oído y el tacto se desarrollan y afinan en el ciego como para compensar el terrible *handicap* que soporta el organismo. La fecundidad de lo insuficiente actúa un poco en la misma forma. Ciertas deficiencias, ciertas decepciones, ciertas desgracias, incluso ciertas catástrofes de nuestra vida, pueden ser "blessings in disguise" (bendiciones disfrazadas). Acaban

por enriquecernos más, espiritualmente, que una serie de éxitos y de venturas, si somos capaces de digerirlas moralmente. En esto estoy completamente de acuerdo con Keyserling. Pero es difícil tratar como un enviado celeste, de buenas a primeras, al ser cuya aparición en nuestra vida toma forma de catástrofe. A menos, claro está, de ser santos. Huelga decir que ni Keyserling ni yo pertenecíamos a las cohortes celestes. Él, a pesar de la Escuela de la Sabiduría, no era siquiera un sabio; yo, a pesar de ser sudamericana, no era siquiera una mujer telúrica cien por ciento.

Sólo la verdad sobre los muertos puede ayudar a los vivos, aseguraba. La verdad es que Keyserling fué un hombre de gran formato no sólo por su estatura. Había en él algo como la exuberancia de los bosques tropicales en un nórdico. A pesar de haberlo gravemente ofendido al atribuirle *talento*, sigo pensando que lo tenía. Era en él una cuestión de aptitudes naturales, no de facultades adquiridas. Nunca vi semejante don de idiomas; pero este no era sino un aspecto menor, aunque muy sintomático, de

su extravagante personalidad de múltiples facetas.

Como estimulante, sus libros han tenido para mí virtudes innegables, al igual de ciertos vegetales. Sus fallas pertenecían al plano del carácter. Él mismo ha declarado: *"Quien aplica de modo egoísta las facultades superiores que crea la espiritualidad, se torna satánico."* En la medida en que nos es dado juzgar a nuestros semejantes sin temeridad, yo diría que su mayor pecado iba en este sentido. Pero yo no soy quien para tirarle la primera piedra.

KEYSERLING Y VALÉRY

Decía hace un momento que Keyserling actuaba como estimulante. Para dar una idea más clara de esto recurriré a Valéry. Nada más distinto que el placer que proporciona la lectura de estos dos autores, cuyas personalidades son polos opuestos. En Valéry, una manera de perfección, que es la suya, *jette le froid*. No pode-

mos retroceder ni adelantarnos un milímetro a su pensamiento, sino caminar a la par de él. Escribe lo que quiere decir con perfecta lucidez voluntaria y esa exquisita ciencia de las palabras que maneja con manos de orfebre. Leemos lo que escribe con extremo placer; estamos de acuerdo o no (si es que se puede no estar de acuerdo, superficialmente por lo menos, con algo que se presenta con el aspecto de la razón y la inteligencia mismas). Pero es difícil añadir nada de nuestra propia cosecha, y este es uno de los placeres de leer a Keyserling, a quien siempre le estamos agregando cosas. Valéry nos ha conducido por un camino bien cuidado, cuyas vueltas y límites conoce. Nos muestra las vueltas y los límites. Cuando, llegado a los límites, se detiene, nos detiene con él. Entonces, en vez de seguir adelante, volvemos sobre nuestros pasos pensando: ¡Qué hermoso, qué exquisito paseo! Con Keyserling, nada de eso. Nos lleva por un mal camino de tierra, donde suele haber pantanos llenos de estrellas y del cual él mismo no parece muy seguro, a pesar de su ostentación de lo contrario. Pero siempre tenemos

ganas de saber lo que vendrá "después". Lo dejamos plantado. Saltamos hacia adelante, retrocedemos. Vagabundeamos a nuestro antojo, en la dirección que se nos ocurre. Es un juego de hacer la rabona y en que se corre al descubrimiento de nuevos horizontes.

Hay, naturalmente, los semidioses, como Shakespeare, Dante, que parecen tenerlo todo y en cuyas obras nadamos libremente como en el mar que nos envuelve y nos sostiene a un tiempo. Los titanes como Dostoievsky y Tolstoi, cuyas traducciones son, dicen, generalmente malas, pero cuyo genio y poderosa personalidad prescinden de los habituales trujamanes para llegar a la inteligencia y el corazón del lector. Pero ¿cuántos milagros de esta clase podrían contarse?

Volviendo a Keyserling y Valéry, que he conocido no sólo por sus escritos sino en carne y hueso, nada más representativo de dos mentalidades, de dos sensibilidades, de dos fisiologías. Valéry decía que la sexta, séptima y octava estrofa de *El Cementerio Marino* eran autobiográficas. Como autobiografía no se le va la

mano. Valéry sólo sabía hablar de él mismo de manera indirecta; manera en el fondo tan subjetiva (sin parecerlo) como la de un Proust. Es una modalidad diferente, nada más.

CONCLUSIÓN

Keyserling, por lo contrario, sólo sabía hablar de él. No creía, y con razón, que el modo objetivo resultara más interesante que el modo subjetivo. Si esto fuese cierto, decía, a nadie le gustarían las novelas. "De todos los prejuicios dominantes, considero que uno de los más tontos y feos, y sobre todo más enemigo del progreso, es el que pretende que únicamente en el caso de figuras y destinos imaginarios cabe poner todo el acento en lo personal... De una autoconfesión auténtica, sincera, puede aprenderse más que de miles de reflexiones teóricas... Nunca se exagera cuán lamentable es que hayan sido tan pocos los que han escrito sin prevenciones sobre sí mismos; toda confe-

sión no hecha pública de un hombre de categoría significa, según mi convicción, un robo contra el patrimonio espiritual-anímico de la humanidad." Si encontramos legítimo que cerebros excepcionales puedan ser legados por sus propietarios para ser pesados y estudiados, cuánto más apasionante puede resultar el producto vivo del cerebro en forma de autobiografía.

Las *Confesiones* de San Agustín fueron una revelación para Keyserling en su juventud. Como Montaigne, habría podido decir que el principal tema de sus futuros libros sería él mismo. Se puede hablar de sí a través de sistemas filosóficos, de cosmogonías, de novelas, de cualquier cosa, tan insistentemente como en unas confesiones. Chestov y Ortega han subrayado cómo la novela se presta a toda confesión autobiográfica. Pero Keyserling no podía crear en forma de novela, creación que hubiese podido aliviarlo de su yo de múltiples facetas. Sólo había para él un mito: él mismo. Y para acompañar ese mito central, las transformaciones míticas que imponía a los que entraban en polarización con él.

Comparto su gusto, su preferencia por las obras subjetivas (francamente subjetivas, se entiende; pues en el fondo, todas lo son). Así, cuando T. E. Lawrence suprimió de los *Siete Pilares* todo el elemento subjetivo y publicó la *Rebelión en el desierto*, mató la magia de la obra. Las páginas más sorprendentes de los *Siete Pilares* son las que le atañen directamente.

El *Viaje a través del Tiempo* es una especie de confesión general, ese es su principal atractivo. Pero no basta hacer pública una confesión para garantizar su autenticidad. Incluso lo contrario sucede con frecuencia. He ahí el *quid.* Keyserling espera que el mito de su vida vivida será sentida por muchos como *autorrevelación vicaria.* Sí. Habrá mucho que aprender pero mucho que desaprender también a través de ella.

He admitido siempre con dificultad que la prudencia pudiera ser una virtud. Sin embargo, si la imprudencia es un vicio, la prudencia es una virtud. Le debo a Keyserling el haber meditado sobre ello. Si yo no hubiese sido imprudente con él (y la imprudencia consistía en haberlo deificado no poco, no divinizado, veo

un matiz en ello), no habría tenido pretexto para conducirse conmigo como un dios del Olimpo; no habría tenido ocasión de ponerme sobre un pedestal y de bajarme luego de él, porque no representaba dócilmente el papel de mortal sometida a su "fantasía poética". Pues bien, ¡tanto peor! Creo que nunca aprenderé la prudencia.

Estos son detalles que no interesarán en modo alguno a los lectores de Keyserling. Su mujer me hacía notar que todas las personas que habían leído el capítulo V. O. y que no me conocían lo encontraban admirable. Ya lo he dicho. Pero como V. O. no es un personaje de novela que un autor puede moldear a su antojo; como es un ser humano determinado, estas páginas de aclaración eran necesarias. Contribuirán de paso, quizá, a aclarar la psicología de Keyserling a través de una de sus polarizaciones.

Cuando aparecieron las *Meditaciones Sudamericanas* resolví guardar silencio, a pesar de las continuas, transparentes y deformantes alusiones que allí veía. Mi nombre no se pronun-

ciaba. Es sin duda saludable que el capítulo V. O. me haya obligado a salir del silencio. El inventario que acabo de hacer se imponía.

. . .how strange that all
The terrors, pains, and early miseries,
Regrets, vexations, lassitudes interfused
Within my mind, should e'er have borne a part,
And that a needful part, in making up
The calm existence that is mine when I
Am worthy of myself! [1]

¡Extraño! El escribir sobre Keyserling me reconcilia con su sombra, como un diálogo de ultratumba. *Let's agree to differ*, gran balto. Y perdone a esta mortal indócil, como ella perdona. Usted se había esforzado a través de los incidentes de una vida agitada en sostener sus mitos, sus fantasías poéticas en los espacios va-

[1] "¡Cuán extraño que todos / los terrores, pesares y tempranas miserias, / remordimientos, enojos, cansancios entreverados / en mi espíritu, hayan tenido parte, / y una parte necesaria, en la formación / de la serena existencia que es la mía / cuando soy digno de mí mismo!"

WORDSWORTH: *The Prelude,* I.

cíos, como Tiépolo asienta pirámides sobre nubes. Era usted *a fever of thyself*.

Coloco al final de estas páginas, que no contienen nada que no le haya dicho, que no le habría dicho mientras vivía, y que usted habría leído entre divertido y furioso (pues le sobraba a usted humorismo), el pensamiento de San Agustín que va a la cabeza del *Viaje a través del Tiempo*: "Todas las acciones de vuestros servidores son la expresión de necesidades del presente o la figura del porvenir."

ÍNDICE

Motivo 9
Remontando la corriente 13
Algunos hechos 17
Correspondencia y *test* Rorschach 26
Versalles 35
Presentimientos y divergencias 45
Bernard Shaw y sus admiradoras 54
Se pone a prueba mi "delicadeza" 59
En qué varió el programa 65
Necesidad de *hero-worship* 68
Las "Meditaciones" 71
Kierkegaard define el malentendido 75
Diez años más tarde 78
Darmstadt 80
Llueve sobre mojado 86
Cumplido que ofende 90
¿Importa o no tener razón? 93
Let's agree to differ 95
Drieu y Keyserling 103
V. O. utilizada como símbolo 107
En materia de amor 109
Ensimismamiento 112

Puna, llama y mujer telúrica 114
Una explicación del capítulo V. O. 116
La verdad sobre los muertos 125
Keyserling y Valéry 129
Conclusión 132

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA TREINTA DE ABRIL DEL AÑO MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y UNO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A., CALLE ALSINA 2049 - BUENOS AIRES.